JUICIO CONTRA UN PLANETA

GLENN PARRISH





BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

26 - Epitafio para todas - *Peter Debry*
27 - Los hijos de las tinieblas - *Ralph Barby*
28 - Ladrón de robots - *Glenn Parrish*
29 - El 32 de diciembre - *Curtis Garland*
30 - La luz del universo - *Lucky Marty*

GLENN PARRISH

JUICIO CONTRA UN PLANETA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 31
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B. 2.907 – 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: marzo, 1971

Mora la Nueva, 2. Barcelona *(España)*

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1971

CAPÍTULO PRIMERO

—Usted dispense. ¿Puede decirme si este planeta es la Tierra?

El transeúnte miró asombrado al individuo que acababa de formularle la anterior pregunta. Al asombro siguió la irritación.

—¡Váyase al diablo, estúpido!

Y siguió su camino, echando pestes de quienes no tenían cosa mejor que preguntar insensateces en lugar de trabajar honradamente, como Dios manda.

El extraño individuo que había hecho la pregunta siguió andando. Era un hombre de estatura más bien baja, edad mediana, piel no muy clara, aunque tampoco oscura realmente, cráneo casi limpio de pelo y piriforme y menudos ojillos redondos que lo contemplaban todo con infinito asombro.

Sus ropajes eran holgados y cómodos, una especie de blusa larga, de color azul oscuro y pantalones del mismo color. Parecía aturdido y encantado, perplejo y atraído por el brillante espectáculo que le representaba el tumulto de una gran ciudad a finales del siglo XX.

Fitsjius creía estar en la Tierra, pero no tenía la seguridad de ello. Por dicha razón, había formulado la anterior pregunta al primer transeúnte con quien se había topado.

Divisó a un hombre de cierta edad y aspecto amable, y se dirigió hacia él.

—Perdón, caballero. ¿Estamos en el planeta denominado Tierra? —inquirió.

El otro le miró un tanto asombrado, aunque acabó por responder:

—¡Pues claro que sí, amigo! ¡Estamos en la Tierra, afortunadamente, claro!

Una visible expresión de alivio apareció en el rostro de

Fitsjius:

—Mil gracias, caballero, mil gracias —contestó, sintiéndose sumamente feliz.

El otro siguió andando, a la vez que meneaba la cabeza.

—Hay que tener cuidado con estos locos que andan sueltos por ahí y seguirles la corriente; de lo contrario, te expones a que te peguen un navajazo en la tripa.

Fitsjius metió la mano en el bolsillo derecho de sus pantalones y sacó una tarjeta, en la que había un nombre y una dirección:

MIGUEL KIMBALL

CII avenida, 877, 89°, E.

Levantó la vista. Sí, aquella era la avenida número ciento dos.

Fitsjius fue buscando número por número, hasta encontrar el 877. Entonces se metió en el edificio y el ascensor le llevó hasta el piso 89. Buscó en aquella planta la puerta E y la encontró merced al rótulo que había en la puerta y que decía:

M. KIMBALL

Servicios Generales de Investigación

Una ancha sonrisa apareció en los labios de Fitsjius. Pulsó el timbre de llamada y esperó a que una encantadora muchacha abriese la puerta.

—Diga, señor.

—Deseo ver al señor Kimball —manifestó Fitsjius.

—¿Tiene usted concertada cita con él? —preguntó la recepcionista.

—Pues... —Fitsjius vaciló—. No claro que no, pero...

—En ese caso, tendrá que llenar un impreso, solicitando la entrevista. La secretaria personal del señor Kimball le fijará el día y la hora. ¿Le conviene?

—¡Ahí va! —dijo Fitsjius—. El señor Kimball debe de ser un hombre muy importante.

—Lo es, en efecto —sonrió la chica—. Tenga la bondad de pasar, señor...

—Fitsjius —dijo el visitante—. Fitsjius, de Zlar.

—Ah —dijo la empleada, haciendo un gesto de extrañeza —. Tome asiento, señor de Zlar.

—No, no, señorita; usted no me ha entendido. Mi nombre es Fitsjius y no tengo apellido. Dije de Zlar porque ese es el planeta del cual procedo, señorita.

* * *

La chica iba por la calle con una cajita en las manos, ajena a cuanto ocurría a su alrededor, fijos los bellos ojos de glaucas pupilas en una diminuta pantalla que había en la superficie del aparato.

De cuando en cuando, se tropezaba con alguna persona. Pedía perdón, se apartaba ligeramente y continuaba su camino.

Era joven, de espléndida figura y tenía el pelo negro-azulado. Vestía una corta chaquetilla sin mangas, debajo de la cual llevaba un breve sujetador, y unos pantalones largos, hasta el tobillo, muy ajustados a las caderas y las piernas. Un ancho cinturón del mismo color que los pantalones, rojo vivo, sostenía en el lado izquierdo un bolso negro.

Una diminuta antena sobresalía de la caja, girando su rejilla a razón de unas treinta revoluciones por minuto. Algunos transeúntes contemplaban con atención las acciones de la chica, pero la mayoría pensaban que debía de tratarse de algún nuevo tipo de detección con el que se estudiaba el grado de contaminación atmosférica en las distintas partes de la ciudad.

Junto a la pantalla había una lamparita de color ámbar, que emitía destellos muy espaciados, uno cada dos segundos. Ella, sin embargo, se sentía esperanzada, porque pocos minutos antes, los destellos se producían a razón de uno por cada cinco segundos.

De súbito, se encendió una lámpara roja en la cajita.

Asombrada, la chica miró en todas direcciones. Los

centelleos de la luz roja eran muy rápidos.

Orientó la caja a derecha e izquierda. En uno de los movimientos, la luz quedó encendida permanentemente.

Ella miró al individuo que caminaba presurosamente a cinco o seis pasos, consultando con frecuencia lo que parecía ser un gran reloj de pulsera. Inmediatamente, se lanzó en su persecución.

Pasaron algunos minutos. De pronto, el hombre pareció darse cuenta de que era perseguido y volvió la cabeza.

—Párese —gritó la chica.

El otro no hizo caso y echó a correr. Ella corrió tras él, llamándole a gritos.

—¡Alto, alto!

La gente les miraba extrañada. Un fornido agente de policía salió al encuentro del perseguido.

—Quieto ahí, amiguito. ¿Adonde se cree que...?

El fugitivo sacó una especie de lápiz de un bolsillo y apuntó con él al policía. No se vio ningún chispazo ni se oyó el menor estampido, pero el agente fue lanzado hacia atrás con indescriptible violencia y acabó metiéndose en un escaparte de una tienda, tras romper la luna con fenomenal estruendo.

La gente se alborotó. El fugitivo seguía dándole a las piernas, implacablemente perseguido por la chica del pelo negro-azulado.

Se oyó una sirena de alarma. El fugitivo trató de cruzar la calle, en el preciso momento en que llegaba un coche de patrulla.

El tubo actuó de nuevo. La fuerza invisible desvió cuarenta y cinco grados la trayectoria del vehículo y lo lanzó contra una farola. El ruido del impacto resultó fenomenal.

Uno de los guardias desembarcó y disparó al aire. Ni siquiera ante aquella conminación se detuvo el fugitivo.

Un segundo coche de patrulla apareció por la próxima esquina. El individuo apuntó de nuevo con aquel misterioso tubo y el vehículo volcó. En el mismo instante, un revólver detonó varias veces y el fugitivo se desplomó al suelo.

El tubo rodó un poco por el suelo y luego se inflamó con

vivísima llama, que hizo retroceder a los policías. Cuando el fuego se hubo extinguido, se observó, con asombro, que había en el suelo un hoyo de medio metro de diámetro por un palmo de profundidad, casi completamente ennegrecido.

El asfalto había desaparecido, devorado por aquel extraño fuego. En la otra acera, la chica, involuntaria autora de todo aquel escándalo, contemplaba la escena con la decepción pintada en su bello semblante.

Al cabo de unos minutos, resignada, emprendió la marcha de nuevo.

Fijó la vista en el detector. Los destellos de la lámpara de color ámbar se producían ahora cada segundo.

* * *

—Esperaré —había dicho Fitsjius cuando conoció la respuesta de la secretaria de Kimball.

—Le advierto a usted que hasta dentro de tres días no tendrá hora para usted —dijo la recepcionista.

Por toda respuesta, Fitsjius se encogió de hombros. Buscó asiento en un rincón discreto de la antesala y se sentó allí.

Cerró los ojos. La recepcionista hizo un gesto de indiferencia y continuó atendiendo a su trabajo.

Al cabo de unos minutos, miró casualmente hacia el lugar donde estaba sentado el visitante. Fitsjius había desaparecido.

—¡Qué extraño! —comentó la muchacha—. Se habrá ido sin que yo me haya dado cuenta.

Pasó un buen rato. De pronto, apareció la secretaria.

—Mary, ¿dónde está el señor Fitsjius? El jefe dice que puede concederle unos minutos —manifestó.

—Lo siento, señorita Vernon. El señor Fitsjius se marchó.

—¡Estoy aquí! —dijo alegremente el mencionado desde su rincón—. No me había ido; simplemente descabezaba un sueñecillo.

Las dos mujeres contemplaron el sillón con cara de asombro, pero más todavía Mary, quien hubiera jurado unos segundos antes, incluso poniendo la mano en el fuego, que aquel asiento estaba desocupado.

—Lo lamento —dijo Fitsjius, a la vez que se ponía en pie—. Muchas ocasiones, cuando me duermo, mi relajación es tal, que llego a desmaterializarme y me convierto en un hombre invisible. ¿Han dicho que el señor Kimball quiere recibirme?

Clara Vernon asintió con lentos movimientos de cabeza.

—En efecto, señor Fitsjius, así es —confirmó.

CAPÍTULO II

Pero Fitsjius tardó todavía un par de minutos en entrar en el despacho de Kimball. Clara era una eficiente secretaria y se creyó en el deber de informarle del extraño incidente ocurrido.

Kimball era un hombre joven, de unos treinta y dos años, de presencia agradable y mirada perspicaz. Oyó las declaraciones de su secretaria y luego hizo un gesto con la mano.

—Hágalo pasar, señorita Vernon.

—Sí, señor.

Fitsjius entró en el despacho instantes después.

—Es un placer conocer a tan reputado investigador, señor Kimball —manifestó—. Su fama ha llegado hasta mi planeta, Zlar, del Tercer Sistema Solar de Vega. Precisamente por eso he venido aquí, a entrevistarme con usted.

—Muy amable, señor Fitsjius —sonrió Kimball—. Siéntese, por favor, y dígame qué es lo que prefiere para beber.

—Nada. En Zlar somos abstemios. Allí no se conoce el alcohol, sino como medicamento.

—¡Ah! Qué planeta tan interesante —dijo el investigador:

—Sí, en efecto; es un planeta muy interesante, aunque no tanto como el suyo, señor Kimball.

—Hombre, la Tierra no está mal del todo. Tenemos nuestros defectos, pero nos vamos arreglando... desde hace unos cuantos miles de años. Y, dígame: ¿en qué puedo servirle?

—Señor Kimball, quiero contratar sus servicios para que luche en una guerra interplanetaria. Se le abonarán puntualmente los honorarios que usted fije y los gastos de transporte, naturalmente, serán por nuestra cuenta. Pero el Consejo de Ministros Superiores de Zlar ha estimado, tras maduras deliberaciones, que es usted el único que puede ganar esa guerra.

—Oh, sí, ganar una guerra interplanetaria es fácil —convino Kimball, cortésmente—. ¿Cuáles son las armas que

usaré?

—Una partida de ajedrez tetradimensional, es decir, que se juega con cuatro tableros superpuestos. El ajedrez tetradimensional es complicadísimo, ¿sabe usted? Si nosotros, los zlarianos, perdemos la partida, habremos perdido la guerra y la vergüenza y el oprobio habrán caído sobre nosotros y los transmitiremos a nuestras generaciones mientras Zlar continúe flotando en el espacio.

—Terrible, terrible —murmuró Kimball—. Imagino que si pierden se rasgarán las vestiduras y se echarán ceniza en la cabeza. Pero, ¿no se puede evitar esa partida de ajedrez en cuatro tableros?

—Imposible —contestó Fitsjius—. El reto está y lanzado y, según las leyes, nuestro presidente debe aceptar la partida.

—¡Pues la juega y ya está! —exclamó el investigador, sonriendo.

—El inconveniente estriba en que nuestro presidente no tiene ni idea de lo que es el ajedrez tetradimensional. El presidente Benq'ist ya sabía lo que se hacía cuando lanzó el reto.

—Me lo figuro —dijo Kimball—. Así que perderán la partida y con ella la guerra y...

—Y la vergüenza caerá sobre nosotros, los zlarianos, mientras las estrellas sigan brillando en el firmamento —dijo Fitsjius, dramáticamente.

—¡Qué espanto!

Y en aquel momento, Kimball vio, con el rabillo del ojo, que la puerta del despacho se entreabría un poco.

Hizo un gesto de asentimiento. La puerta terminó de abrirse y dos fornidos individuos, vestidos con batas blancas, irrumpieron en el despacho, y agarrando cada uno de ellos a Fitsjius por un brazo y una pierna, se lo llevaron de allí sin atender a sus ruidosas protestas.

—¡Uf! —exclamó—. Vaya un tipo loco. Jamás había oído tantas insensateces en menor espacio de tiempo.

Desde la puerta, Clara Vernon hizo un signo de asentimiento.

—Hizo bien en dejar el interfono abierto, jefe. Mary y yo lo hemos oído todo. Usted tiene razón: menuda sarta de barbaridades.

—¡Barbaridades! —dijo repentinamente una voz femenina—. Señorita, usted no tiene ni idea de lo que está diciendo.

Kimball, Clara y Mary se volvieron hacia la puerta, en donde acababa de aparecer una hermosa muchacha, que sostenía una cajita con ambas manos.

—¿Quién es usted? —preguntó Kimball.

—M nombre es Krlin y busco a un sujeto llamado Fitsjius, quien, según los informes de mi detector, debía de hallarse en este piso. Pero se ha marchado, creo.

—No se ha marchado, se lo han llevado... al manicomio —puntualizó el investigador.

Los ojos de la chica centellearon.

—¿Eso es todo lo que se le ha ocurrido, estúpido? ¿Enviar al manicomio a un hombre que vino a pedirle ayuda en nombre de un planeta amenazado de destrucción total?

* * *

Kimball se pasó una mano por la cara.

—Señorita...

—Krlin —repitió ella.

—Ese no es un nombre —rezongó Kimball.

—Es el mío.

—Parece una fuga de vocales —dijo Clara, riendo, pero la risa se heló en sus labios al recibir una furiosa mirada de la visitante.

—Tengo que hablar con usted, señor Kimball —dijo la chica—. Es urgente. Ya que no ha querido hacer caso al pobre Fitsjius, óigame a mí por lo menos.

Kimball hizo un gesto de resignación. Consultó el reloj y dijo:

—Clara, Mary, ya ha pasado la hora. Pueden irse cuando gusten.

—Bien, jefe.

—Entre en mi despacho, señorita...

—Krlin —insistió la morena, una vez más.

Kimball reflexionó unos momentos. Luego, dijo:

—Si no tiene inconveniente, pondré algunas vocales entre las consonantes, cambiaré la inicial y así quedará un nombre más femenino: Carolina. ¿Le importa?

—En absoluto, Miguel —respondió ella, con notable desparpajo.

Entraron en el despacho. Kimball se sirvió una copa.

—No la invito a usted, porque ya sé que los zlarianos son abstemios —dijo socarronamente.

—Una solemne tontería de nuestro sistema de vida —calificó Carolina—. A mí me gusta una copita de cuando en cuando.

—Vaya —sonrió el investigador—. Está bien, aquí tiene la copa.

—Gracias. ¿Qué suma le ofreció Fitsjius por sus servicios?

—Ninguna. No llegamos a concretar nada en este sentido.

—Claro, antes vinieron los loqueros y se lo llevaron, ¿no?

Kimball se sintió embarazado.

—Hablemos claro, Carolina. Yo no dudo de sus buenas intenciones —declaró—. De lo que sí dudo es del recto juicio de Fitsjius, eso es todo.

—De modo que no cree que él haya llegado de un planeta distante del suyo, en cifras redondas, veintisiete años luz.

—Hombre, pero si apenas acabamos de poner pie en Marte y está mucho más cerca —dijo Kimball, con sonrisita de conejo.

—Entonces, si yo le dijera que vengo de Zlar y que soy, como se dice aquí, paisana de Fitsjius, tampoco me creería.

Kimball torció el gesto.

—Carolina, usted es muy guapa. No me ponga en un compromiso, por lo que más quiera.

—¡Pero si es verdad, Miguel! —exclamó ella.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Carolina señaló el teléfono con pantalla de televisión que Kimball tenía sobre la mesa.

—Llame a la policía —indicó—. Infórmese del incidente que ha tenido lugar esta tarde, cuando varios policías trataron

de detener a un hombre, que los rechazó con disparos de energía pura, aunque, por fortuna, al mínimo de tensión. Vamos, llame, Miguel.

Kimball contempló a la muchacha durante algunos instantes. Luego, lentamente, se acercó al aparato y marcó el número de la policía.

* * *

El silencio reinaba en el despacho. Fuera, en la calle, brillaban los anuncios luminosos.

Una sola lámpara alumbraba la estancia. Kimball se pasó una mano por la frente, y dijo:

—Me siento confundido, Carolina.

—Es lógico. Todos los días no tiene un terrestre visitas de seres nacidos en otros planetas.

—Pero maldita sea, yo no acabo de creerme...

—¿Cuánto pensaba pagarle Fitsjius por sus servicios, Miguel?

—Repito que no habíamos hecho ningún pacto, Carolina.

Ella abrió el bolso que llevaba colgado del cinturón y sacó un disco brillante que lanzó sobre la mesa.

—¿Qué le parece la moneda que usamos en Zlar? —dijo.

Kimball tomó el disco, contemplándolo con infinito asombro. Tenía casi diez centímetros de diámetro, por uno de grueso, y era de vidrio verde, transparente, con unos extraños grabados en sus superficies. Los bordes del círculo estaban protegidos por un grueso aro de metal dorado.

—Esto parece... parece... —titubeó, sintiéndose incrédulo.

—Es —confirmó Carolina—. Es una esmeralda, con cantos de oro. Tengo más en el bolso, y Fitsjius, seguramente, le hubiese dado un cheque por diez mil unidades de nuestra moneda. Ese disco que tiene usted en las manos es una unidad de moneda zlariana, Miguel.

Kimball se desplomó en el sillón.

—No acabo de creérmelo —dijo.

Carolina sonrió.

—Tendrás que retirar la acusación de demencia contra

Fitsjius —dijo, tuteándole de repente.

—Eso puedo hacerlo ahora mismo, pero lo que no puedo hacer es aceptar el encargo, sin reflexionar muy seriamente.

—Lo comprendo, Miguel. ¿Veinticuatro horas?

—Sí, está bien.

—Volveré mañana por la tarde —prometió ella, a la vez que se ponía en pie.

—¡Un momento!... —rogó Kimball—. Supongamos que... que todo lo que has dicho es cierto; supongamos que el conflicto entre esos dos planetas existe. ¿Cuál será mi papel en esa... guerra interplanetaria?

—Habrá dos protagonistas principales: el presidente de Benq'ist y tú.

—¿Yo? —Era la confirmación de las palabras de Fitsjius.

—Sí, porque si aceptas se te nombrará presidente de Zlar, y, por tanto, tendrás que vértelas con tu colega de Benq’ist.

—Está bien. Ya soy presidente de Zlar. Pero no sé jugar al ajedrez tetradimensional.

—Te enseñaremos a jugar.

—¿Y si pierdo?

Carolina suspiró.

—¡Pobre de ti! —respondió tristemente.

* * *

Kimball llegó tarde a la oficina al día siguiente. Había dormido mal. Mejor dicho, apenas había pegado un ojo.

Lo primero que hizo, al entrar en la oficina, fue dar una orden:

—Mary, cancele absolutamente todos los compromisos para hoy. —Y a la secretaria—: Clara, fiesta para las dos. Sí hay algo, ya lo resolveré yo personalmente.

Minutos más tarde, se había quedado solo.

¿Soñaba? ¿Estaba despierto?

Los sucesos de la víspera, ¿eran producto de una pesadilla o realidad?

Fitsjius parecía hablar en serio. Carolina no, le iba a la zaga.

Pero, ¿cómo era posible, suponiendo que ello fuera cierto, que unos seres extraplanetarios hubiesen podido llegar a la Tierra sin que sus astronaves fuesen detectadas?

«Es para volverse loco», se dijo. A veces le entraban ganas de pedir el puesto que Fitsjius había dejado ya vacante, con toda seguridad.

Si aceptaba, se le nombraría presidente de Zlar.

Al parecer, ello entraba dentro de las reglas del juego.

«Yo, presidente de un planeta. ¡Qué risa!»

Y aprendería a jugar al ajedrez tetradimensional.

¿Qué pasaría si perdía?

Carolina se había mostrado muy lúgubre, pero nada explícita. Después del lamentoso «Pobre de ti», ya no había querido decir nada más.

¿Qué le sucedía a un presidente de Zlar cuando perdía la partida de ajedrez tetradimensional? ¿Se destruía su planeta?

Sus reflexiones fueron cortadas de repente por el sonido del llamador de la puerta.

Desde su mesa del despacho, sin molestarse en salir a recibir al visitante, pulsó el mando de apertura. Lo hizo involuntariamente como un reflejo, pero cuando quiso retractarse, era ya tarde.

Un hombre entró a poco en el despacho. Era de regular estatura y aire más bien corriente, sólo que su piel tenía un acentuado tinte verdoso.

—Señor Kimball —dijo el individuo.

—Sí, yo mismo. ¿En qué puedo servirle, señor...?

—Vai'dor —se presentó el visitante—. Vai'dor, de Benq'ist.

—Ah, ya —dijo Kimball, con naturalidad—. El planeta rival de Zlar.

—Justamente. —Vai'dor le dirigió una cordial sonrisa—. Tengo entendido que van a elegirle presidente de Zlar.

—Todavía no he tomado una resolución en firme, aunque puede que acepte. Pero no es seguro.

—El cargo tiene bastantes ventajas —manifestó Vai'dor—. Aunque sólo sea presidente por un día, tendría una pensión vitalicia de diez mil unidades de moneda. Creo que equivalen a

veinticinco millones de su unidad de moneda, al cambio actual.

—No estoy muy enterado de las cotizaciones de la Bolsa interplanetaria —dijo Kimball, irónicamente.

—Sí, el cambio es ése, más o menos. Pero ese cargo tiene una sola desventaja, señor Kimball.

—¿Cuál es, por favor?

—Que no podría disfrutar de su pensión de retiro.

Hubo un espacio de silencio.

—¿Me amenaza, Vai'dor? —preguntó Kimball al cabo.

—Oh, por favor —sonrió el visitante—. Simplemente, le informo de algunos detalles concernientes al cargo, los cuales usted ignora, con toda seguridad.

—Es cierto —admitió Kimball—. Pero puede que eso lo haga mucho más atractivo.

—Lo cual significa que existen grandes posibilidades de que acepte.

—No tendría nada de particular, señor Vai'dor.

El visitante frunció las cejas.

—A nosotros, los de Benq'ist, no nos gustaría —declaró.

—Pero yo soy libre de aceptar o no ese cargo.

—Como todo ser humano, es libre de subir al más alto edificio y lanzarse al vacío.

Kimball se puso en pie.

—¿Quiere que le diga una cosa, Vai'dor?

—Le escucho, señor Kimball.

—Está agotando mi paciencia. Váyase antes de que sea demasiado tarde.

Vai'dor entornó los ojos.

—Parece como si se hubiera decidido a aceptar el cargo —murmuró.

—Vai'dor, los terrestres somos muy obstinados. Cuando queremos que uno de nosotros vaya hacia el Sur, le empujamos hacia el Norte. ¿Comprende la metáfora?

—Sí, desde luego. Pero yo le voy a hacer una advertencia... práctica.

Vai'dor metió la mano en el bolsillo y sacó un brillante tubo metálico de unos tres centímetros de grueso por veinte de

longitud. Apuntó al cuerpo de Kimball y el joven sintióse, de pronto, arrojado hacia atrás, como si hubiese recibido un puñetazo.

Kimball se rehízo y dio otro paso hacia adelante. Una fuerza invisible lo despidió de nuevo contra la pared. Rebotó, volvió a adelantar y aquella extraña energía le golpeó de nuevo en el pecho, ahora varias veces seguidas, hasta dejarle sin aliento.

Vai'dor había dejado de sonreír.

—Podría aplastarle, pero me he limitado a usar la potencia aproximada del puño de un terrestre corriente —dijo—. Si intenta ir a Zlar, lo sentirá. Buenos días.

Kimball sentía las piernas como si fuesen de mantequilla. Tenía los pulmones sin aire y se dejó resbalar hasta quedar sentado en el suelo, permaneciendo en esta postura durante algunos minutos.

Así lo encontró Carolina cuando llegó poco después.

—Miguel, ¿qué te ha pasado? —preguntó la joven, alarmada.

Kimball hizo una mueca.

—Ya ves —contestó con amargo humorismo—: Consecuencias de la campaña electoral para la presidencia de Zlar.

* * *

Un par de tragos de buen coñac aliviaron no poco la depresión de Kimball.

—¿Conoces al que me golpeó con su tubo de energía? —preguntó a la muchacha.

—¡Miguel! ¡Qué cosas tienes! Zlar y Benq'ist no están muy poblados, aunque sí lo suficiente para no conocer a todos. Ni muchísimo menos.

—Sí, pero todos los del oficio, a veces, se conocen entre sí. Y si tú no eres un agente secreto de Zlar, que me tiren por la ventana a la calle.

—No, no conozco a Vai'dor —insistió Carolina, a la vez que se sentaba en un ángulo de la mesa—. ¿Qué te dijo?

Kimball le relató la entrevista sostenida con su visitante

extraterrestre. Carolina le escuchó con gran atención, sin interrumpirle ni una sola vez.

—Creo comprender por qué lo hacen —dijo cuando él hubo terminado de hablar.

—Explícate, ¿quieres?

—Sencillamente, no quieren perder la guerra.

—Pero por todos los... Carolina, ¿cómo se puede perder una guerra sólo porque se pierda una partida de ajedrez?

—Tú no entiendes aún nuestras costumbres —dijo la muchacha, con tristeza—. Pero cuando Fitsjius vino a proponerte que aceptases el cargo de presidente, es porque creyó que tú podrías ganar la partida.

—Lo cual no es muy correcto, porque bien podríais haber elegido a un nativo en lugar de un extranjero como soy yo. ¿Sabes cómo se llama aquí a los que luchan por dinero, defendiendo causas ajenas?

—No. Dímelo, por favor.

—Mercenarios.

Carolina se encogió de hombros.

—Nuestra moral es muy distinta —replicó.

—Sí, la moral de un caimán... zlariano, suponiendo que allí haya caimanes. Carolina, yo podría negarme.

Ella suspiró.

—Tendríamos que buscar a otro —dijo—. Pero los diez mil círculos...

—El dinero no lo es todo, Carolina. Dejando de lado otras consideraciones, ¿de qué me servirá si pierdo y muero?

—No perderás —insistió la joven.

—Pero si pierdo... —Kimball se pasó un dedo por la garganta, en un gesto sumamente gráfico.

—¿Cómo sabes que si pierdes morirás?

—Me lo ha dicho Vai'dor. Dijo, o insinuó, que si perdía sería tanto como si me tirasen de la última terraza del rascacielos más alto. Bueno, eso o algo muy parecido, tanto da.

—Sí, el ajedrez tetradimensional tiene esos riesgos —murmuró la joven, pensativamente.

Kimball se sintió, de pronto, acuciado por la curiosidad.

—Carolina, ¿cómo es un ajedrez tetradimensional? —preguntó.

—Verás, se compone de cuatro tableros superpuestos, con análogas separaciones entre sí. Cada tablero tiene doce cuadros por lado, lo que da un total de ciento cuarenta y cuatro cuadros, setenta y dos blancos y otros tantos negros en el tablero de la base. El del primer piso tiene los cuadros blancos y rojos; blancos y azules el del segundo piso y, por fin, el último tiene los cuadros negros y amarillos.

Kimball se tapó los ojos con una mano.

—En total son...

—Quinientos setenta y seis cuadros.

—Imagino que las figuras serán veinticuatro por cada bando, en cada piso, es decir, cuarenta y ocho por tablero.

—Justamente. Blancas y negras en la base; blancas y rojas en el primer piso; blancas y azules en el segundo y negras y amarillas en el tercero. En total son ciento noventa y dos figuras.

—Es mareante —dijo Kimball, atizándose otro trago de coñac para reponerse de la impresión.

—Lo que verdaderamente marea es que, según la jugada, una figura de la base puede pasar a los otros tableros, para efectuar un movimiento de ataque, de modo que no están limitadas a sus propios tableros, sino que, repito, pueden moverse por cualquiera de los otros tres, a excepción del jefe máximo, que está siempre fijo en una casilla del tablero de la base.

—Yo me desmayo —dijo Kimball—. Jugar una partida así debe de resultar enloquecedor. Ahora me explico por qué vuestro presidente no sabe jugar al ajedrez tetradimensional.

—Si quieres que te diga la verdad, no habrá en todo Zlar más allá de cinco o seis personas que sepan jugar una partida de nuestro ajedrez—confesó, sorprendentemente, la muchacha.

CAPÍTULO III

—Vai'dor es tonto —dijo Kimball.

—¿Por qué? —preguntó Carolina.

El investigador se echó a reír.

—Mira que venir a amenazarme... ¡Aunque pasen cien años, no aprenderé yo jamás a jugar a ese endiablado ajedrez!

Carolina se apeó de la mesa.

—Miguel, estamos perdiendo el tiempo con estúpidos comentarios —dijo—. Lo que interesa ahora es capturar a Vai'dor.

—Sí, lo encontraremos dentro de un cuarto de hora —contestó Kimball, sarcásticamente—. Total sólo vivimos en la capital cinco millones y medio de personas...

—Eso no me preocupa a mí. Yo tengo un detector infalible, que es el que utilicé ayer cuando localicé a Fitsjius, sí bien es cierto que llegué tarde. Pero también me hizo conocer la presencia de un agente de Benq'ist.

—¿Dónde tienes ese aparato mágico? —preguntó él.

—Abajo, en mi coche.

—Ah, pero, ¿también tienes coche?

Carolina sonrió.

—Estoy en tu planeta y debo desenvolverme como una indígena —contestó.

Kimball la contempló especulativamente de pies a cabeza.

—Pues no cabe la menor duda de que pocas indígenas te superan en físico y figura —elogió.

Ella rio alegremente. Luego agarró su mano y tiró de él.

—Vamos a ver si localizamos a Vai'dor —exclamó.

El investigador lanzó un profundo suspiro.

—Continúa la campaña electoral —dijo resignadamente.

El coche de Carolina estaba en el estacionamiento subterráneo del edificio.

—Conduce tú, ¿quieres, Miguel? Yo manejaré, mientras

tanto, el detector.

—Como quieras.

Kimball se sentó ante los mandos. El coche se movía por energía eléctrica y una simple palanca bastaba para hacerlo funcionar.

Empujó la palanca y el vehículo se puso en funcionamiento. Para virar, bastaba mover la palanca en el sentido requerido. Al presionar con el pulgar, un botón que tenía en la parte superior se accionaban los frenos.

Salieron a la calle. Atento al tránsito, Kimball no dejaba, sin embargo, de echar de cuando en cuando un vistazo al detector que Carolina tenía sobre las rodillas.

—¿Cómo funciona ese cacharro? —preguntó.

—Fórmula molecular.

—¿Qué?

—Sí. Todo cuerpo, aun las sustancias inorgánicas, tienen su fórmula molecular propia. Pero este detector sólo funciona con seres inteligentes vivos. La fórmula, molecular de un zlariano es distinta de la de un nativo de Benq'ist y ambas, a su vez, son distintas de la de un terrestre.

—Vaya, eso no lo sabía yo —confesó Kimball, admirado.

—La diferencia es mínima, por supuesto, y ello se debe a las distintas condiciones ambientales, basadas, sobre todo, en las radiaciones solares, es decir, de las estrellas que dan luz y calor a los planetas y que, en vuestro caso y referido a vuestra estrella, recibe el nombre de Sol.

—Pero, a juzgar por lo que he oído, Zlar y Benq'ist, están alumbrados por el mismo Sol.

—Efectivamente —confirmó Carolina—. Sin embargo, fíjate en una cosa. ¿Recibe Marte, por ejemplo, la misma cantidad de luz y calor que la Tierra?

—No, desde luego.

—Zlar es un planeta muy parecido al vuestro, era tamaño, forma, cantidad de radiación solar que recibe, ecología... En cambio, Benq'ist es, podría decirse, el planeta Marte de nuestro sistema solar.

Kimball hizo un signo de asentimiento.

—Esto explica muchas cosas —dijo—. Benq'ist será un planeta frío, sombrío, habitado por seres tétricos y poco amistosos.

—La mayoría son así, en efecto.

—Y vosotros sois alegres, joviales y comunicativos.

—Exactamente.

—Debe de dar gusto vivir en Zlar.

—La Tierra es un hermoso planeta, pero yo no lo cambiaría por el mío, ni aunque me lo pidiesen de rodillas.

—Cuestión de gustos, claro —sonrió Kimball.

De pronto, Carolina levantó una mano.

—Arrímate a la acera —pidió—. Las señales se ven muy persistentes. Me parece que ya hemos localizado a Vai'dor.

Kimball obedeció sin vacilar. Detuvo el coche y lanzó una mirada hacia la lámpara de color ámbar que oscilaba rápida e incesantemente en el detector.

—Vai'dor no puede andar muy lejos —dictaminó Carolina —. Está en un radio de menos de cincuenta metros y en cualquier momento podemos tenerlo a la vista.

—Eso me parece muy bien —contestó Kimball—, pero me acuerdo de su tubo de energía y se me ponen los pelos de punta, Carolina.

Ella sonrió ligeramente.

—No te preocupes —contestó—. Estás envuelto en una cápsula reflectante, que hará inútiles todos los esfuerzos de Vai'dor, si se siente belicoso.

Transcurrieron algunos minutos. Súbitamente, la lamparita del detector aceleró sus oscilaciones,

Creo que ya está a punto de hacerse visible —dijo Carolina

Vai'dor apareció segundos más tarde en la puerta de una casa situada a pocos metros del coche. El individuo miró a derecha e izquierda recelosamente y luego dio un par de pasos en la acera.

De pronto, alguien surgió delante de él.

—¡Fitsjius! —exclamó Kimball, sorprendido.

El hombrecillo avanzó resueltamente hacia Vai'dor. Este lo vio y sacó inmediatamente su tubo de energía,

—¡Cuidado, Fitsjius! —gritó Kimball.

Fitsjius levantó una mano. Vai'dor estiró la suya.

El tubo liberó una descarga de energía. Kimball creyó que soñaba de nuevo.

La descarga alcanzó de lleno a Fitsjius, proyectándolo hacia atrás con indescriptible violencia. Fitsjius voló literalmente por las aires a través de la calle, hasta estrellarse con horrible ruido contra la pared de una casa.

A Kimball le pareció que había sido un impacto similar al producido por la caída desde un elevado rascacielos. Una silueta de siniestro color rojo quedó impresa en la pared, mientras el cuerpo destrozado de Fitsjius rodaba por la acera, en medio de los alaridos de espanto de la muchedumbre.

Una gran confusión se produjo en el acto.

Vai'dor escapó.

* * *

Kimball no hizo nada por perseguirle. Aquel tubo de energía le daba un miedo espantoso.

Carolina se hallaba también muy impresionada.

—Pobre Fitsjius —se lamentó.

—Cometió una imprudencia, en efecto —dijo Kimball—. Pero, ¿cómo no se protegió contra la descarga de energía?

Ella se mordió los labios.

—Es verdad —contestó—. Fitsjius tenía que llevar encima el generador de antienergía, lo cual le hubiera salvado la vida. Pero no comprendo cómo pudo cometer una imprudencia semejante.

—¿Lo llevas tú? —preguntó Kimball.

—¡Claro que sí! ¡No se me ocurriría dar un paso sin una protección adecuada!

—Y es de suponer que Fitsjius tendría un protector semejante.

—Desde luego; protector y proyector de energía.

Kimball frunció el ceño.

—Resulta inconcebible que se enfrentase con Vai'dor a cara descubierta. ¿Dónde diablos dejó esos artefactos?

Carolina reflexionó unos instantes.

—No lo sé —dijo al cabo—. Se me hace difícil suponer que pudiera moverse por un terreno hostil sin el armamento adecuado.

—¡Caramba! ¡Calificar a mi planeta de terreno hostil no es muy adecuado! —protestó Kimball.

—Para nosotros sí lo es, aunque tú te muestres amistoso. No te olvides que la Tierra está prácticamente inexplorada para un zlariano.

—Bien, bien, como quieras, pero nos estamos desviando de la conversación. ¿Dónde se dejó Fitsjius el protector y el generador de fuerza?

Carolina hizo un signo negativo.

—Repito que no tenía por qué haberse movido sin ellos, cuando menos sin el generador de antienergía —insistió.

Kimball chasqueó los dedos de la mano izquierda.

—Ya lo sé —dijo.

Ella le dirigió una mirada de interés.

—En el manicomio —dijo Kimball.

—¿En el manicomio?

—Claro. Cuando lo internaron allí, le despojaron de todas sus ropas y efectos. Es indudable que el pobre Fitsjius se marchó demasiado aprisa o no hubiera acabado tan catastróficamente.

—Sí, desde luego. ¿Sabes tú dónde está el manicomio?

Por toda respuesta, Kimball empujó la palanca hacia adelante y el coche adquirió una velocidad superior.

Tres cuartos de hora más tarde, se detenían ante un conjunto de edificios, situados en el campo y rodeados por una elevada tapia. Después de expresar sus deseos a los vigilantes de la puerta exterior, les fue concedido el permiso para pasar a recepción.

En recepción se llevaron una gran sorpresa.

—¿Los efectos del señor Fitsjius? Lo siento, se los han llevado ya.

—¿Cómo? ¿Quién vino a por ellos?

—Su hermano político. Dijo llamarse Marl'jar. Es; todo lo

que podemos decirles, señores —contestó el empleado.

—¡Marl'jar! —exclamó Carolina—. Un nombre indudablemente oriundo de Benq'ist.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió Kimball.

—La inmensa mayoría de los nombres de personas o lugares geográficos de Benq'ist tienen una construcción muy parecida. No conozco a Marl'jar, por supuesto, pero es un oriundo de ese planeta.

—Ya, del Marte del Tercer Sistema Solar de Vega.

—Exactamente.

El recepcionista les escuchaba hablar con ojos desmesuradamente abiertos. Dándose cuenta de ello, Kimball le dirigió una sonrisa de circunstancias y agarró a la joven por un brazo, llevándosela de allí hacia la salida.

—Dispense, amigo —se despidió del empleado—. Estábamos ensayando una comedia con argumento futurista.

Salieron del manicomio. Una vez tras los mandos del automóvil, Kimball dijo:

—Bien, ese benquistiano se ha llevado los efectos personales del pobre Fitsjius. ¿Por qué, Carolina?

—Oh, es fácil imaginárselo. Ellos cuentan ahora con un protector y un generador de energía de más. No tienen demasiado armamento, ¿sabes?

Kimball enarcó las cejas.

—Y aun así, ¿tenéis miedo de que os ganen la guerra?

—Recuerda que el único combatiente por parte de Zlar serás tú —insistió la muchacha.

—Y mi adversario el presidente de Benq'ist. Por cierto, ¿de dónde salía Vai'dor?

—No tengo la menor idea —contestó Carolina—. Pero estoy segura de que estuvo hablando con un terrestre.

Kimball se concentró unos momentos.

—Aquella casa —dijo a poco—, me parece conocida, quiero decir la casa de la que salió Vai'dor. Y, si no te importa, voy a confirmar mis sospechas.

—Todo lo contrario, Miguel —accedió ella—. Me siento encantada y halagada de que, al fin, te hayas decidido a unirte

a nosotros.

—La maldita curiosidad tiene la culpa de todo —rezongó él, mientras tomaba el camino que les llevaría al punto donde habían visto morir aplastado al infeliz Fitsjius.

CAPÍTULO IV

Kimball detuvo el coche junto a la acera y se apeó de un salto.

—Será mejor que esperes aquí —indicó a la muchacha.

—Un momento —dijo Carolina, a la vez que sacaba el brazo por la ventanilla—. Cuélgate esto del cinturón, debajo de esa blusa.

Kimball cogió el aparato que le tendía ella, en forma de reloj de pulsera, con unas extrañas inscripciones en la esfera. Tenía en la parte posterior un ganchito, por medio del cual se lo sujetó al cinturón.

La tapa posterior del objeto era una rejilla circular de alambre muy fino y brillante, con mallas muy espesas. Después de colocado el artefacto en el lugar indicado, miró a la joven con expresión interrogadora.

—Es el protector —explicó Carolina sucintamente.

—Ah —dijo él.

Y se metió en la casa.

Momentos después, se detenía ante una puerta en la que se leía:

J. Chilton.

INVESTIGACIONES

Una secretaria de aire displicente le recibió en el antedespacho.

—¿En qué podemos servirle, señor...?

Por toda respuesta, el joven se inclinó hacia la mesa y conectó el interfono:

—¿Jerry Chilton? ¿Tienes un minuto para recibir a uno de la competencia? —preguntó.

—Si no me equivoco, esa es la detestada voz del

repulsivamente honrado Miguel Kimball. ¿Verdad o mentira?

—Verdad en todo, pillo de siete suelas. ¿Paso o echo la puerta abajo a puntapiés?

—Inténtalo y te machacaré una tibia. Entra, hijo de mula tuerta y sarnosa.

La secretaria estaba horrorizada. Kimball cruzó la estancia y abrió la puerta del despacho de su competidor.

—Hola, Jerry —saludó jovialmente.

—Pasa, pasa, Miguelito. ¿Quieres tomar un trago de jugo de tarántulas? Luego dirás lo que te ocurre y por qué te han expulsado de la Asociación de Detectives Privados.

Kimball se sentó en un ángulo de la mesa de despacho de Chilton.

—A ti te echarán cualquier día, Jerry —contestó—. Lo sabes tan bien como yo, ¿no es cierto? Ah, y de beber, un dedo de escocés solo, pero no lo mezcles con vitriolo; tú serías muy capaz de darme un brebaje semejante.

Chilton dejó escapar una atronadora carcajada. Era un hombre de voluminosa figura y con quince kilos más de peso que su visitante. Vertió whisky en dos vasos y entregó uno a Kimball.

—Este no tiene vitriolo, aunque puede que otro día te lo suministre —contestó desenvueltamente—. ¿Qué te trae por aquí, Miguelito?

—Un tipo llamado Vai'dor. Seguro que ha estado a visitarte, Jerry.

—Es cierto —admitió Chilton.

—¿Has creído su historia?

Chilton volvió a su puesto tras la mesa de trabajo, abrió el cajón central y sacó un disco esmeraldino, que lanzó rodando hacia su visitante.

—Miguel, cuando me dan unas cuantas cosas como ésta, yo me creo hasta las fábulas de Esopo —contestó.

—Lo del conflicto entre dos planetas parece fábula, en efecto, pero no lo es, Jerry.

Chilton se encogió de hombros.

—Lo mismo me da —contestó—. Me dio cincuenta y

prometió entregarme nueve mil novecientos cincuenta discos más. Con veinticinco tendría más que suficiente para no dar golpe en el resto de mis días, así que imagínate la cantidad de reverencias que le hice.

—Seguramente, Vai'dor te habló de una partida de ajedrez tetradimensional.

—Sí. Fantástico, pero no importa.

—¿Sabes quién será tu antagonista?

—Tú, Miguel.

—¿Te lo ha dicho Vai'dor?

—Se lo supone, dadas las circunstancias. Trató de amedrentarte, pero no le dio resultado. Yo le creo, a ti es muy difícil meterte el miedo en el cuerpo.

—¿Me lo meterías tú, Jerry?

—Lo haré cuando estemos jugando la partida de ajedrez, Miguel.

—Jerry, a mí me da la sensación de que te estás tomando este asunto a broma.

Chilton cogió el disco y lo levantó con dos dedos.

—Mira, Miguelito, cuando a un hombre le anuncian una paga de diez mil de estos discos con cincuenta iguales de anticipo, debe creer todo lo que le digan, ¿estamos?

—Aunque sea el nombramiento de presidente de Benq'ist.

—Sí. El actual dimitirá y yo ocuparé su puesto.

—Para jugar la partida de ajedrez tetradimensional.

—Efectivamente.

—¿Y si la pierdes, Jerry?

—No la perderé. Por si no lo sabes, te diré que será una partida a muerte. No habrá cuartel y sólo uno de los dos contendientes sobrevivirá. Obvio es decir quién va a ser el superviviente, Miguelito.

Hubo una pausa de silencio. Kimball apuró su vaso, lo dejó sobre la mesa y se enderezó.

—Nos veremos frente a frente de la mesa donde esté instalado el tablero de ajedrez —prometió.

Chilton le contempló extrañado un instante. Luego rompió a reír de modo desaforado.

—¿De qué te ríes, Jerry? —preguntó Kimball.

—Nada, nada —contestó Chilton—. Nos veremos, efectivamente, en el momento de iniciarse la partida. Lamento no poder desearte buena suerte, Miguel.

—Cuídate mucho, Jerry, sobre todo, de la policía. Ya sabes que el comisario Wendley anda detrás de ti.

Chilton hizo una mueca despectiva.

—Jamás han podido atraparme con las manos en la masa y nunca lo conseguirán —respondió.

Kimball salió a la calle.

En cierto modo, se sentía satisfecho; ahora ya conocía los motivos de la estancia de Vai'dor en aquel edificio.

* * *

—Por otro lado —dijo al arrancar—, me preocupa que haya ido precisamente a visitar a Chilton.

—¿Por qué? Es otro miembro de tu misma profesión, ¿no? —alegó Carolina—. Puesto que tú ya estás contratado y la visita para amedrentarte no surtió efecto, resulta lógico que tratase de buscar un digno rival para ti.

—Chilton es un hombre de pésimos antecedentes, raramente actúa con honestidad y la policía tiene ganas de echarle el guante, debido a sus conexiones con el hampa. Eso importaría poco, si no supiera yo que es capaz de usar los más bajos trucos para impedir que gane la partida. Mejor dicho, para impedir que me siente ante la mesa donde estén los cuatro tableros con las ciento noventa y seis piezas.

Ella le miró sorprendida.

—Miguel, tú nunca has jugado al ajedrez tetradimensional, ¿verdad?

—Mujer, qué cosas tienes...

—Voy a tener que darte unas cuantas lecciones —dijo Carolina—. Luego, durante el viaje, terminarás tu aprendizaje.

—Será un viaje algo largo. Veintisiete años luz no son una fruslería, Carolina.

—Oh, viajaremos con bastante rapidez. Podríamos ir más de prisa, pero no pasaremos de la velocidad de tres años luz por

día terrestre.

El coche se desvió bruscamente y estuvo a punto de subirse a la acera. Carolina lanzó un grito de alarma.

—¡Miguel! ¡Cuidado! ¿Te pasa algo?

—¿Que si me pasa...? ¿Es que te parece poco lo que acabas de decirme? ¡Iremos a Zlar en nueve días terrestres!

—Un cálculo muy acertado —corroboró la muchacha, impasible.

Kimball había recobrado el dominio de sí mismo.

—Tenemos que hablar de tantas cosas... —dijo.

—Hoy no, mañana —decretó la muchacha—. Tengo cosas que hacer. Por cierto, necesito tu dirección privada.

—Te la daré en seguida. ¿Dónde te alojas tú, Carolina?

—En el *Starpole*. Iré a verte mañana y llevaré el ajedrez. Traje uno en mi equipaje.

—Ah, bueno. Por cierto, ¿qué es lo que tienes que hacer ahora? ¿Necesitas ayuda?

Ella sonrió maliciosamente.

—La mujer no es muy diferente, sea terrestre, sea zlariana. Aquí y allí tenemos la manía de ir de compras de cuando en cuando, ¿lo entiendes ahora?

* * *

A veces, Kimball se decía que todo era un sueño y que en cualquier momento podía despertar, a consecuencia del golpe recibido al caer de la cama.

Otras veces dudaba de su integridad mental. Pero pensaba en Jerry Chilton y sabía que no era sujeto que aceptase un asunto que no le reportase positivos beneficios, aunque para ello tuviera qué actuar bordeando o en colisión con la ley.

Y estaba Carolina y las armas maravillosas y poderosas... y aquellas extrañas monedas que se utilizaban en Zlar...

Tenía en la mano la moneda que le había entregado. La hizo saltar en la palma de la mano y un rayo de sol que entraba por la ventana arrancó a la gema un vivísimo destello, de belleza incomparable.

Llamaron a la puerta. Kimball guardó el disco esmeraldino

y se puso en pie.

Cruzó la estancia y abrió. Carolina estaba frente a él, radiante de hermosura, con una gran maleta al lado.

La joven vestía un audaz conjunto de tejido de oro que era poco más que un traje de baño, ajustado a su escultural figura como una segunda piel. El conjunto quedaba un poco deslucido por el cinturón que llevaba y del que pendía el inevitable bolso negro.

—La maleta pesa un poco, Miguel —indicó ella.

—Oh, perdóname. Me había quedado anonadado. No se ven cosas semejantes todos los días y a las diez de la mañana..., aunque tú no seas precisamente una cosa.

Ella se sonrojó vivamente. Kimball cargó con la maleta y cerró la puerta.

—Se necesita una mesa algo grande —pidió Carolina.

—La tengo —respondió él.

CAPÍTULO V

Kimball contempló atentamente los movimientos de la muchacha. Después de abrir la maleta, Carolina sacó un tablero plegable, que colocó sobre la mesa. Era el tablero de la base, de cuadros blancos y negros.

El tablero tenía en los cuatro ángulos unas muescas, en cada una de las cuales sujetó sendas varillas de sección cuadrada y de longitud análoga a la de los lados del tablero. Luego sacó el de los cuadros blancos y rojos.

Las dimensiones del tablero eran de unos ciento veinte centímetros. A unos cuarenta centímetros de la base, las varillas tenían unos ligeros salientes, sobre los cuales apoyó el tablero número uno.

Los dos restantes quedaron colocados rápidamente, separados entre sí a una distancia análoga. Luego, Carolina sacó una gran caja, de la que extrajo las piezas, de formas realmente extrañas.

—Sus nombres son: guerreros, dragones, soldados, heroínas, príncipes y cohetes —explicó, mientras iba colocando las piezas en su sitio—. Un guerrero puede tripular un cohete, pero no un soldado. El soldado, si la jugada lo necesita, puede montar en un dragón y ser socorrido por una heroína...

Era un barullo impresionante de situaciones y jugadas. A Kimball, el ajedrez terrestre le parecía complicado, pero aquel semejaba nacido de una imaginación delirante.

—Aquí se sitúa el jefe máximo de cada bando —siguió Carolina—. Como verás, uno es dorado y el otro plateado. No hay un jefe máximo por tablero, sino uno para el conjunto y la partida concluye cuando el jefe máximo es capturado o...

—¿O...? —dijo él intencionadamente.

—O muerto.

Kimball guardó silencio unos instantes.

—Eso significa que en la partida real, el jefe máximo será

una persona de carne y hueso.

—Sí.

—¿En los dos bandos?

—Sí, aunque ignoro quién será el designado por parte de los que tú llamas benquistianos.

—Y por parte de los zlarianos, ¿quién será el jefe máximo?

—El sexo no importa, Miguel —contestó Carolina.

Los dos se miraron fijamente.

—Deja que lo adivine —murmuró Kimball—. Tú serás el jefe máximo.

—Sí, Miguel.

Kimball empezó a sospechar más cosas.

—Carolina, si los jefes máximos tienen el volumen físico de una persona, ¿qué dimensiones reales tendrá el tablero tetradimensional?

—¿No te dijo algo Vai'dor al respecto?

El investigador tuvo que apoyarse en el respaldo de su silla.

—¡El tamaño de un rascacielos! —exclamó.

—Así podría definirse. El modelo de ajedrez tetradimensional que tienes delante está hecho a escala del auténtico. La escala es como a cien.

—¡Ciento veinte metros de altura! ¡Cuarenta de separación entre cada tablero!

—Sí, Miguel.

—Son cifras de vértigo. Pero uno puede caerse de lo alto...

—Entonces, acaba la partida.

—Y el vencedor tiene el derecho de matar al jefe máximo del otro bando.

—Sí.

—Una costumbre muy poco civilizada, permíteme que te lo diga, Carolina.

Ella pareció picarse.

—¿Poco civilizada? ¿Qué me dices de tus guerras, en donde mueren o murieron miles y aún millones de seres humanos? ¿No se habrían evitado esas inmensas matanzas si en cada conflicto los gobernantes se hubieran enfrentado entre sí, personalmente, en lugar de enviar a los infelices soldados a

servir de carne de cañón?

Kimball contestó con una risita de soma.

—Querida, el arte de todo buen gobernante estriba, precisamente, en enviar a los otros al campo de batalla, mientras él se queda en casita, tan tranquilo, ¿comprendes? Pero visto de ese modo, sí, quizá tengas razón; vale más que sólo muera uno en lugar de millones..., a menos que no haya forma de evitar el conflicto.

—No, no la hay, Miguel. El conflicto es absolutamente inevitable.

—Kimball extendió los brazos.

—¡Qué le vamos a hacer! —se resignó—. A propósito, ¿sabes quién será el jefe máximo de Benq'ist?

—No, todavía no lo han designado.

—¿Puede hacerse eso?

—Por supuesto —admitió Carolina.

Kimball contempló un instante la figurilla que representaba al jefe máximo del bando dorado. Era una estatuilla de unos quince centímetros de altura, que representaba a una mujer desnuda, de formas perfectas.

Asombrado, reconoció la cara de Carolina en las facciones de la estatuilla. De pronto, antes de que pudiera formular el menor comentario, notó una insólita elevación de la temperatura en el metal de la figura.

Los pies de la estatua empezaron a despedir leves columnitas de humo. Lleno de aprensiones, Kimball arrojó la figura todo lo lejos que pudo.

La estatuilla atravesó la puerta de la sala, llegó al dormitorio vecino, rodó un poco por debajo del suelo y luego explotó con ensordecedor estampido.

* * *

El teniente Mac Burns contempló con expresión pensativa los destrozos causados por la bomba.

—Si te llega a pescar en la cama, ahora tendríamos que despegar tus pedazos del techo con una rasqueta, Miguel —dijo.

Kimball hizo una mueca.

—Tuvimos suerte —contesten—. En medio de todo, la cama amortiguó notablemente los efectos de la explosión. Aun así, como ves, derribó un par de tabiques y me ha dejado el mobiliario convertido en una ruina.

—¿Tienes idea de quién quiso suprimirte del censo de investigadores privados, Miguel? —preguntó el policía, que era amigo suyo.

—Ni idea, Mac. Yo opino que el tipo entró mientras yo estaba en el cuarto de baño. O tal vez lo hizo anoche, mientras cenaba en el restaurante vecino. He estado un par de días con gripe y creería que hoy no me levantaría o que lo haría tarde —mintió Kimball con todo descaro.

—Sí, algo por el estilo debió de ocurrir. Bueno, Miguel, si tienes alguna novedad, no dejes de comunicármelo. ¿Quieres protección policial?

—Gracias, Mac, pero me han contratado y tengo que salir de viaje muy pronto.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

Kimball se volvió hacia la zlariana.

—¿Carolina?

—Entre veinte días y un mes, teniente —respondió la joven.

Mac Burns se dirigió hacia la puerta. Kimball le acompañó.

—Con clientes así, da gusto ser detective privado —dijo el policía maliciosamente.

—Ventajas del oficio, Mac —sonrió el joven.

Mac Burns y sus hombres se marcharon. El administrador del edificio se presentó, mostrándose desolado al ver el piso casi en ruinas.

—Enviaré a una brigada de operarios que lo restaurarán en breves días —prometió.

—No se preocupe —contestó Kimball—. Yo voy a estar ausente tres o cuatro semanas, así que tómeselo con toda tranquilidad.

Carolina y Kimball volvieron a quedar solos. El ajedrez tetradimensional había vuelto de nuevo a la maleta.

—A mí me parece que hay alguien que juega sucio en este

asunto —opinó Kimball—. ¿No lo crees tú así, Carolina?

—Efectivamente, también pienso como tú, Miguel.

—Vamos a disputar una partida de ajedrez..., pero, ¿es lícito eliminar al adversario antes de que se inicie?

—Los benquistianos temen que resultes un enemigo demasiado fuerte —contestó la muchacha.

—Sí, ya lo veo. Pero lo que ha sucedido me hace sentir una extraña aprensión, Carolina.

—No entiendo. Quisieron matarte y pusieron una bomba de gran potencia en el interior de la figura.

—Sí, pero era precisamente «tu» figura, el jefe máximo dorado, de cuyo bando voy a ser yo defensor. ¿Lo entiendes ahora?

Carolina se mordió los labios.

—Sí —concordó—. Parece como si fuera un aviso..., una amenaza de muerte.

—Lo mismo pienso yo, Carolina —aseguró Kimball.

Ella se pasó una mano por la frente.

—Me siento un poco aturdida. Necesito salir —dijo.

—Te acompañaré.

—No. —Carolina levantó la mano—. Prefiero ir sola. Deseó reflexionar, ¿comprendes?

—Como quieras. Una última pregunta, por favor.

—Di, Miguel. .

—¿Cuándo partimos?

—¿Te parece bien mañana a la noche?

Kimball respingó, pero acabó por acceder.

—Como digas —contestó—. A fin de cuentas, los malos tragos, pasarlos cuanto antes es mucho mejor.

* * *

Llamaron a la puerta.

Kimball abrió. Se sobresaltó al reconocer a Vai'dor.

—No tema. —El extraterrestre levantó una mano—. Vengo en son de paz.

Kimball movió el brazo en un ademán circular.

—¿Le parece que esto es hablar de paz? —dijo

sarcásticamente.

Vai'dor contempló impasible los destrozos causados por la bomba.

—Lamento lo ocurrido, pero, créame, no he tenido en ello ninguna intervención.

—¿De veras? —Kimball soltó una risita—. Después de haber visto la forma en que se quitó de en medio a Fitsjius, resulta muy difícil dar crédito a sus palabras.

—Me defendí, simplemente. Fitsjius quería matarme.

—Estaba desarmado —alegó Kimball.

—No lo crea, pero no discutiré más sobre el particular. He venido a hablar de la partida de ajedrez.

—Ah, sí, lo recuerdo. Ustedes han encontrado a un jugador terrestre.

—El mejor que nos fue dado encontrar.

—Un granuja esférico.

—¿Cómo? —se extrañó Vai'dor.

—Quiero decir que es un granuja, desde cualquier punto que se le mire. Pero, en efecto, puede dar juego. ¿Qué más, Vai'dor?

—Usted va a defender a los zlarianos.

—Sí.

—¿Se ha preguntado alguna vez por los motivos de este conflicto?

—A decir verdad, los desconozco. Y no me gusta tampoco, pero, al menos, sólo habrá un par de muertos: el perdedor y su jefe máximo.

—Es cierto, pero, permítame que siga insistiendo. Usted no conoce los motivos del conflicto.

—Tengo entendido que fueron ustedes los que declararon la guerra a Zlar.

—Efectivamente.

—¿Por qué?

—Señor Kimball, quiero decirle una cosa. Usted va a emprender viaje a Zlar muy pronto.

—Así es, aunque, como comprenderá, no le voy a decir la fecha exacta.

Vai'dor emitió una ligera sonrisa.

—Muy comprensible —admitió—. Sólo querría pedirle un favor. Antes de iniciarse la partida, dese una vueltecita por Benq'ist. Será suficiente para que se explique los motivos de nuestra declaración de guerra.

—Si me es posible, lo haré —prometió Kimball.

Vai'dor se dirigió hacia la puerta.

—Gracias —se despidió.

—Un momento —llamó el terrestre.

Vai'dor se volvió a medias

—Dígame, señor Kimball.

—El jefe máximo del bando zlariano será una mujer.

—Sí, lo sé. También el jefe máximo plateado será una mujer.

—Ah —murmuró Kimball

—Nosotros nos jugamos mucho, prácticamente nuestra supervivencia —declaró Vai'dor —. Por eso Yarh'ena será el jefe máximo de nuestro bando.

—¿Quién es Yarh'ena?

—Mi propia esposa, señor Kimball —contestó Vai'dor.

CAPÍTULO VI

—De modo que sí yo gano tengo el derecho de matar al jefe máximo del bando perdedor.

—Sí, aunque ello no es estrictamente indispensable. Pero si quieres ganar, tendrás que matar a Chilton; eso sí que es absolutamente inevitable.

—No es muy agradable pensar en la muerte de un semejante, pero menos lo es pensar en la del otro jefe máximo.

—Oh, en los dos anteriores conflictos, los vencedores hicieron uso de su derecho.

—Y mataron, además de a sus rivales, a los jefes máximos.

—Sí, Miguel.

—Pero yo no mataré al jefe máximo perdedor. No podría dar muerte a una mujer.

—¿Cómo? ¿Sabes ya quién es el otro jefe máximo?

—Sí, Carolina.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Permíteme; es secreto profesional.

Ella pareció enojarse, pero no presentó ninguna objeción. Conducía el automóvil con mano segura y lo hacía a través de la noche, sobre una autopista densamente frecuentada, a más de doscientos kilómetros a la hora.

Pasados algunos minutos, Carolina redujo la marcha. Poco después, viró a la derecha y el vehículo se metió por un camino secundario.

Recorrieron unos diez kilómetros, entre valles y colinas. Todavía rodaron por un camino aún más angosto que el anterior, de suelo sumamente irregular.

Carolina detuvo el coche de pronto.

—Aquí es —dijo.

Saltó al suelo y se dirigió al portaequipajes, cuya tapa levantó con decisión. Kimball vio que sacaba una gran caja cuadrada, del tamaño aproximado de una maleta, con tapa metálica.

Carolina levantó también esta tapa. Desplegó una antena que se ramificaba en numerosas varillas y luego dio unas cuantas vueltas a sendas llaves que había en aquel extraño artefacto y que a Kimball recordaba mucho los aparatos de control remoto por radio.

Una luz verde se encendió en la caja y empezó a oscilar con ligeras alternativas. Los faros del coche, que habían quedado encendidos, alumbraron de pronto una esfera de metal del tamaño de un balón de fútbol.

Carolina movió un mando y la esfera aumentó de tamaño, ante la estupefacción de Kimball. Nuevamente, el investigador, creía estar soñando.

La esfera continuó engrandeciéndose. Kimball empezó a divisar ciertos detalles en su superficie, como algunas hileras de ventanas circulares, a la mitad de su estructura, ventanas que, naturalmente, aumentaban de tamaño en la misma proporción que lo hacía la esfera en su totalidad.

Un cuarto de hora más tarde, la esfera había alcanzado un diámetro de once o doce metros. Carolina presionó el último mando de su aparato y una puerta se abrió a dos metros de la base, despidiendo al mismo tiempo una rampa inclinada que se apoyó en el suelo.

Carolina apagó el aparato, guardó las antenas, cerró sucesivamente las tapas del transmisor y del portaequipajes y luego extendió una mano hacia el asiento delantero del coche.

—¿Vamos, Miguel?

Haciendo un esfuerzo, Kimball consiguió sustraerse a la inmovilidad en que había quedado, a causa del asombro. Subió al coche y Carolina lo hizo arrancar en dirección a la rampa.

—Oye, no irás a decirme que también en Zlar se fabrican coches como los nuestros —exclamó él de pronto.

—Naturalmente que no —contestó Carolina riendo—. Pero no está de más llevarse una muestra práctica y tangible de la civilización terrestre.

El coche se detuvo apenas franqueada la escotilla. La rampa volvió a su sitio y la compuerta quedó cerrada.

En aquel momento, Kimball tuvo la seguridad de que

iniciaba la más fascinante aventura de su existencia.

* * *

Una escalera de caracol les condujo a una estancia situada en uno de los pisos superiores, agradablemente decorada, aunque con un estilo que a Kimball se le antojo ingenuo y pasado de moda con respecto a los terrestres.

Ella le indicó un amplio diván, situado al pie de tres lucernas circulares, de un metro de diámetro.

—Tiéndete —indicó.

—¿Para qué?

—Espera, ya lo verás.

Kimball obedeció. Carolina se ausentó breves minutos, para regresar después con lo que parecía un tubito de cristal lleno parcialmente de un líquido de color ambarino.

—¿Qué es eso? —preguntó Kimball.

—Un narcótico. Para ti podría resultar un shock demasiado fuerte el despegue de la nave. Conviene que duermas unas cuantas horas.

—¡Hombre! ¡También puedo dormirme por medios naturales!

—No protestes. Esto es mejor y te evitará el riesgo de despertarte en un momento inoportuno.

—Si no hay otro remedio…

Carolina apoyó el extremo de la jeringuilla en el antebrazo del joven. Kimball observó la falta de aguja, pero no tardó en sentir un ligerísimo pinchazo.

—El narcótico ya está entrando —sonrió ella—. Dentro de cinco minutos estarás como un leño.

Y así sucedió.

* * *

Kimball despertó con toda normalidad, sin notar secuelas del narcótico en su organismo. Sentóse en el diván y, sobre una mesita cercana, vio una bandeja, con una indicación: «¡Come sin miedo! Estaré ocupada un rato. No tardaré en volver».

«Hombre, no se habrá ido de paseo», se dijo Kimball, a la vez que alargaba la mano hacia un apetitoso bocadillo de

lechuga y carne picada.

Sobre la mesa había vino y cerveza. Kimball prefirió esta última bebida.

Estaba terminando de comer cuando, de pronto, vio a Carolina al otro lado de uno de los «ojos de buey», equipada con traje de vacío. Ella le hizo un alegre gesto con la mano, al que Kimball respondió con otro análogo.

—Qué chica —dijo a media voz; y, de súbito, lanzó un aullido—: ¡Está en el espacio!

Carolina había desaparecido ya de su vista. Volvió a verla unos minutos después, todavía con el traje espacial, pero ya con el casco bajo el brazo.

—¿Qué hacías ahí fuera? —preguntó él—. Me has dado un susto espantoso.

—Había una antena cuyas indicaciones me parecieron defectuosas y fui a revisarla —contestó ella sonriendo—. ¿Has dormido bien?

—Estupendamente, pero, ¿quién gobierna ahora la nave?

—Hay un piloto automático, no te preocupes. Voy a cambiarme de ropa y a tomar un bocado. Luego te enseñaré el interior de la astronave. ¿Vale?

—Vale, preciosa.

Carolina volvió minutos después, con un gran lazo rojo que sujetaba su frondosa cabellera negro-azulada en cola de caballo. Su vestimenta consistía en lo que a Kimball pareció una segunda piel de color rojo cardenal, y que no era sino un tejido flexible y esponjoso, que componía un traje de una sola pieza.

—Luego te daré a ti un traje análogo —anunció ella, a la vez que tomaba un bocadillo de la bandeja.

—De acuerdo, pero tienes que explicarme muchas cosas.

—Todo lo que quieras —accedió Carolina sin remilgos.

Kimball tomó un sorbo de cerveza. Luego dijo:

—Hay una cosa que me gustaría hacer antes de empezar la partida.

—¿Sí? ¿Qué es, Miguel?

—Visitar Benq'ist. Debe de ser un planeta...

—¡Ni lo sueñes! —atajó Carolina con singular vehemencia

—. Ir a Benq'ist es algo que debes suprimir totalmente de la lista de tus proyectos.

Kimball miró a la joven con sorpresa.

Vai'dor le aconsejaba visitar Benq'ist antes de la partida. Carolina se lo prohibía.

¿Qué misterio se encerraba en aquel planeta que había declarado la guerra a otro de su mismo sistema, solar y que resultaría destruido caso de salir perdidoso del conflicto?

* * *

—El aparato que me viste usar antes de emprender el viaje tiene un nombre muy difícil en nuestro idioma —explicó Carolina—. Sólo te diré que es un creador- reductor de campos dimensionales. Cuando llegué a la Tierra, reduje el campo dimensional de la astronave, una vez desembarcada. Al iniciar el regreso a Zlar, aumenté ese campo, eso es todo.

—Todo no —dijo Kimball—, porque todavía no he conseguido explicarme, y tú no me has dicho tampoco, cómo habéis logrado desenvolveros tan bien en un ambiente que no es el vuestro precisamente.

Carolina lanzó una alegre carcajada.

—Llevamos casi veinticuatro horas de vuelo, ¿no?

—En efecto.

—Eso significa que hemos recorrido cerca de tres años luz en el espacio.

—Más o menos.

Carolina alargó la mano hacia lo que parecían los mandos de un aparato de televisión, situado en uno de los ángulos de la sala. Al cabo de algunos segundos, apareció un locutor, dando las últimas noticias de la actualidad terrestre.

Luego cambió de emisora y apareció en la pantalla una película de indios y vaqueros. Otro nuevo cambio les hizo presenciar una ceremonia religiosa en San Pedro de Roma.

—¿Lo comprendes ahora? —preguntó Carolina, antes de haber terminado siquiera la demostración.

—Sí, perfectamente. Captáis nuestras emisiones...

—De radio y televisión, sin la menor interferencia,

cualquiera que sea la distancia a que se halle el receptor.

—Y así habéis aprendido nuestro lenguaje y nuestras costumbres.

—Justamente.

Kimball se quedó mudo de asombro. La civilización zlariana era muy superior a lo que él creía.

—Pero, ¿por qué hube de resultar yo precisamente el elegido?

—Necesitábamos un hombre fuerte, valeroso e inteligente. No todos reúnen tus cualidades, Miguel.

—Gracias, pero podíais haber pedido ese favor al Gobierno.

—¿Para qué? Nos hubieran enviado dos o tres divisiones aeroblindadas con material de desembarco y cohetes micronucleares, que hubieran causado miles de víctimas y destrucciones sin cuento. Vosotros, los terrestres, no sabéis hacer la guerra si no es a lo bestia, con perdón, y entré nosotros, es suficiente que haya uno o dos muertos para que el conflicto se dé por terminado. La diferencia, como puedes comprender, no es pequeña, Miguel.

Kimball suspiró.

—Sí, en eso tienes razón y no se te puede negar —contestó.

* * *

—No, no —dijo Carolina—. El guerrero no puede montar en un dragón. Los dragones quedan para los soldados y los cohetes son para los guerreros.

—Pero, ¿qué diferencia hay entre un guerrero y un soldado? ¿No hacen ambos la guerra?

—El guerrero es noble, el soldado, no lo es.

—Vaya, yo creía que en Zlar no había diferencia de clases.

—Es un juego muy antiguo y conserva reminiscencias de las viejas épocas. Anda, mueve ahora la heroína del séptimo cuadro azul del tablero número dos —indicó Carolina.

Kimball contempló el conjunto de tableros que componían el ajedrez tetradimensional y que ella había montado para practicar el juego durante el viaje.

—Me pregunto por qué no puede jugar esta partida un

zlariano —dijo, mientras movía la partida señalada.

—Como poder, sí puede, como tú también puedes conducir un coche en tu planeta, pero, ¿no alquilas uno muchas veces y otro lo conduce en tu lugar?

Kimball soltó un bufido.

—Comparar un taxi con esta partida —dijo, haciendo una mueca. Luego añadió—: Carolina, preciosa, llevamos ya siete días de viaje y estoy como al principio; con la cabeza llena de piezas, cuadros de todos los colores, jugadas… y con los pelos de punta pensando en lo que me espera cuando me derroten.

—Pues imagínate lo que será de nosotros si perdemos la partida —sonrió ella—. Pero no te preocupes, porque los dos días que quedan de viaje te los vas a pasar durmiendo.

—¿Eh? —respingó Kimball.

Carolina se puso en pie.

—Ven, sígueme.

Kimball obedeció.

Momentos después entraban en una pequeña cámara, cuyo único mobiliario era una litera, en la cual se tendió él a indicación de Carolina.

La joven extrajo de un armarito unos grandes auriculares con casco, que le puso inmediatamente. Los auriculares estaban unidos por un cable a la pared que tenía tras su cabeza.

—¿Qué es esto? —preguntó Kimball.

—Hipnopedia. Enseñanza durante el sueño. Dormirás durante cuarenta y ocho horas y, al despertar, te habrás, convertido en el mejor jugador de ajedrez tetradimensional que jamás haya existido.

Kimball abrió la boca, pero no pronunció una sola palabra.'

Los auriculares enviaban ya una orden a su cerebro

—Duérmete… Duérmete… Duérmete…

Y se durmió.

CAPÍTULO VII

Kimball tenía la nariz pegada al vidrio de su ventana.

Todavía no acababa de creerse llegado a un mundo situado a veintisiete años luz de la Tierra.

Había visto paisajes fantásticamente bellos, ciudades increíblemente hermosas, panoramas llenos de hechizo, monumentos y construcciones atrevidísimos... Era un sistema de vida totalmente distinto al terrestre.

Ahora estaba en el alojamiento que le había sido asignado. Carolina había salido, aunque no le había explicado los motivos.

La decoración era sumamente atractiva y de colores gratos a la vista. Lo que no había podido ver era un solo libro.

«La televisión debe de haber acabado con las imprentas», pensó.

Las casas, en general, eran de pocas plantas. Aquella en la que él se encontraba era de dos solamente.

Kimball se encontraba en el primer piso, a cuatro metros sobre la calle, enormemente ancha y flanqueada por una doble hilera de arboles de frondosa copa. De pronto, vio dirigirse a una mujer hacia la casa.

Aquella no era Carolina, pero también era muy hermosa. Kimball se preguntó si vendría a verle a él. De pronto, un hombre le cerró el paso.

La mujer habló brevemente, con actitud de gran respeto. El hombre, por contra, parecía tratarla despreciativamente.

—Vaya un tipo grosero —dijo Kimball.

Al cabo de unos segundos, el hombre se apartó a un lado y la mujer siguió andando.

Kimball abandonó su habitación y descendió a la planta. Se acercó a la puerta y accionó el mando de apertura.

La puerta se deslizó silenciosamente a un lado. Ella le dirigió una penetrante mirada.

—¿Miguel Kimball? —preguntó.

—Sí, señora. Pase, tenga la bondad.

—Gracias.

Kimball cerró. Ella era una joven de unos veintiocho años, pelo rojizo y tez oscura, con ojos de pupilas verdosas y cuerpo generosamente contorneado, vestido con la escasez de indumentaria que era corriente en las mujeres de Zlar.

—¿Puedo servirle en algo, señora? —preguntó Kimball.

—Eso querría yo —contestó ella—. Tengo entendido que es usted el defensor del bando dorado.

—Así es, señora...

—En su planeta le dieron un consejo. No lo ha seguido, según parece.

Kimball arqueó las cejas.

—¿Un consejo? No recuerdo, señora...

—Le dijeron que antes de jugar la partida debía visitar Benq'ist.

—Ah, sí, ya caigo. Lo siento, no me lo han permitido.

—Es lógico —sonrió la bella visitante—. Si fuese a Benq'ist, antes de la partida, el bando dorado se quedaría sin defensor.

—No entiendo, señora...

Ella hizo un gesto de hastío.

—Es lo mismo —contestó—. Sólo le pediré ya una cosa, señor Kimball.

—Puede llamarme Miguel —invitó él—. Y, a propósito, todavía no sé su nombre, señora.

La joven no pareció hacer caso de aquel reproche.

—Bien —dijo—, lo que tengo que pedirle es que, cuando vaya a Wrivynor...

—¿Wrivynor? —exclamó Kimball, sorprendido—. Nunca he oído ese nombre.

—Muy curioso —sonrió ella—. Están jugando con su buena fe, pero ya le quedará tiempo para lamentarse, incluso aunque gane la partida. Wrivynor es el asteroide a mitad de camino entre Zlar y Benq'ist y que, por su posición en el espacio, es considerado como terreno neutral cuando se libra una guerra como la que está a punto de producirse.

—Me parece muy lógico, señora, pero, si mal no recuerdo,

usted tenía algo que decirme.

—Sí, es cierto. Miguel, si gana usted, sea rápido conmigo y no me haga sufrir. El zlariano que ganó la última guerra, después de matar a su adversario, torturó durante siete horas al jefe máximo plateado. Eso es lo que quería decirle simplemente.

Kimball abrió la boca.

—¡Rayos! —exclamo—. Entonces, usted es...

—Sí —confirmó la joven—. Soy Yarh'ena, la esposa de Vai'dor y, créame, no puedo desearle suerte. ¡Adiós!

* * *

La acogida que tuvo Carolina a su regreso no fue precisamente triunfal ni arrojaron flores a sus pies.

—¡Me habéis estado engañando inicuamente! —vociferó Kimball—. Esto es una trampa, una encerrona... Sois mil veces peores que los terrestres, a pesar de presumir de ser más civilizados que nosotros...

Carolina, pálida, se sentía llena de asombro.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Por qué me insultas de ese modo?

—He tenido una visita. Me lo ha explicado todo.

—¿Quién? —preguntó ella.

—En la última guerra, el vencedor torturó bestialmente al jefe máximo plateado, ¿no es cierto?

—Sí, pero eso ocurrió hace ciento treinta y dos año de los vuestros...

—¿Y han cambiado mucho las cosas desde entonces?

—Lo suficiente para confiar la defensa de nuestros intereses a un terrestre —replicó Carolina con sequedad.

—Tampoco me dijiste que el combate se efectuaría en Wrivynor.

—Bueno, no es cosa que tenga demasiada importancia. Además, el terreno neutral evita siempre suspicacias.

—Pero es un asteroide. Será un pedazo de roca, sin gravedad y sin atmósfera...

—A Wrivynor se le ha dado gravedad artificial de nueve décimos de lo normal, lo que significa que tu peso quedará

reducido en unos ocho kilos. ¿No pesas ochenta?

—Sí.

—Pesarás setenta y dos, con lo que la diferencia es inapreciable. Y por la atmósfera no te preocupes; Wrivynor está envuelto en una cápsula de energía que contiene atmósfera respirable a la presión suficiente para no sentir molestias respiratorias en absoluto.

—Muy bien, pero, ¿qué me dices de Benq'ist? ¿Por qué no puedo ir allí antes de la pelea?

Carolina pegó una patada en el suelo.

—Irás después, cuando hayas ganado, si quieres, no antes. Insisto en ello, Miguel —contestó.

—¿Y si me negara a jugar la partida?

—¿Vas a abandonar ahora, después de que fuimos provocados? ¿Quién declaró la guerra, sino los benquistianos?

Kimball torció el gesto.

—A veces, una declaración de guerra tiene su justificación —alegó.

—En este caso, no —dijo Carolina rotundamente—. Oye, ¿se puede saber quién te ha dado esos detalles?

—Unos detalles que tú me has ocultado celosamente por cierto.

—No tenían importancia —replicó ella con indiferencia—. Vamos, contesta a mí pregunta. Si es que quieres hacerlo.

—Con mucho gusto. Me lo ha dicho el jefe máximo plateado.

—¿Yarh'ena?

—Sí, la misma.

—Ha estado a visitarte.

—Hombre, yo no me he inventado las cosas que te he dicho. Pero he podido darme cuenta de algo muy importante, Carolina.

—Di, Miguel.

—Los hombres de Zlar son muy descorteses con las mujeres.

—Será con las benquistianas, pero no con nosotras, —replicó la muchacha.

Hubo un momento de silencio. Kimball contemplaba fijamente a la muchacha.

Carolina se puso nerviosa.

—¡No me mires así! —gritó—. Yo también arriesgo mi vida..., y estoy segura de que, si tú respetaras la dé Yarh'ena, caso de ganar, Chilton me mataría sin pensárselo dos veces.

* * *

Kimball no podía dormir.

Ahora se arrepentía de haber tomado parte en el juego. No lo había hecho por codicia, sino por los bellos ojos de Carolina.

Pero ella le había engañado. Empezaba a sospechar que la declaración de guerra de Benq'ist tenía un fondo de razón.

¿Y qué iban a perder los zlarianos si él resultaba derrotado?

Carolina había dicho que su mundo quedaría destruido. ¿Cómo?

¿Con una superbomba capaz de hacer saltar a Zlar en un trillón de pedazos?

De pronto, creyó oír rumor de pasos.

Se incorporó en la cama, quedando apoyado sobre un codo.

«¿A qué vendrá Carolina ahora?», se preguntó.

Una sospecha se infiltró en su mente.

Ella venía a...

«Bueno, trata de seducirme con algo más que con palabras.»

La puerta del dormitorio se abrió. Dos hombres se abalanzaron hacia él.

—Sujétenlo —dijo una voz conocida.

—¡Jerry Chilton! —gritó Kimball.

Sonó una ruidosa carcajada.

—Tienes buena memoria auditiva, colega —dijo Chilton.

Kimball forcejeó con toda su potencia muscular. Los otros dos, sin embargo, no eran mancos y el joven empezó a sentirse vencido.

Chilton dio la luz. Fugazmente, Kimball vio en sus manos una jeringuilla de inyecciones.

—¡Traidor! ¡Quieres matarme! —gritó.

—¿Matarte? —rio Chilton, estruendosamente—. ¡Qué tontería! ¡Si lo hiciese, mi victoria carecería de mérito!

—Ya lo intentaste una vez en la Tierra.

—Un pequeño error, pero esto dará más resultado. ¡Sujetadle bien, chicos!

La aguja se acercó al brazo de Kimball. Súbitamente, se oyó un grito en la sala.

—¡Miguel!

Al oír aquella voz, los ayudantes de Chilton se sobresaltaron. Kimball aprovechó aquel breve instante de desconcierto para sacudirse con más fuerza y su pie derecho golpeó la jeringuilla, que voló por los aires.

Chilton lanzó un rugido de rabia. Giró sobre sus talones y se lanzó a todo correr hacia la puerta, atropellando a Carolina que se disponía a entrar en el dormitorio.

La muchacha cayó derribada. Los secuaces de Chilton escaparon también.

Kimball gateó hasta quedar junto a Carolina.

—Has llegado en el momento más oportuno —manifestó.

Ella se sentó en el suelo y sacudió la cabeza.

—Tengo la sensación de que me ha pasado por encima una manada de elefantes, como decís vosotros —contestó.

—Uno de ellos, al menos, era tan pesado como un elefante —sonrió Kimball, a la vez, que levantaba a la muchacha—. Pretendían inyectarme no sé qué droga, pero tu llegada ha desbaratado sus proyectos.

—Atacaron al centinela y lo dejaron sin sentido. Pero no se dieron cuenta de que tenía un detector en constante funcionamiento y al caer se paró. Sospeché algo grave y vine a ver qué pasaba.

—Entiendo. Vives cerca de aquí, ¿no?

—Al otro lado de la calle, con mis padres.

Kimball la contempló con admiración.

—Nunca me dijiste que tuvieras familia —dijo.

—Como todo el mundo, tengo padre y madre, Miguel.

—¿Y permiten que te ofrezcas como jefe máximo dorado?

Carolina se encogió de hombros.

—Ya tengo los suficientes años para tomar decisiones propias —respondió.

De pronto, vio la jeringuilla caída en el suelo y se agachó para recogerla. Presionó el émbolo y puso un poco de su contenido en el dorso de su mano. Luego aspiró el olor que se desprendía del líquido.

—Muy astuto tu amigo Chilton —dijo.

—¿Qué mejunje es ése? —preguntó Kimball.

—Una droga embotadora de tus sentidos. Actúa sobre el sistema nervioso e influye en la coordinación de los movimientos, de tal modo que tus acciones musculares se habrían efectuado siempre con un ligero retroceso sobre la orden proveniente de tu sistema nervioso, ¿comprendes?

Kimball hizo una mueca.

—Así, cualquiera es capaz de ganar —masculló.

—Y Chilton está dispuesto a conseguir la victoria al cualquier precio, porque sabe que si pierde no le quedan más de cuarenta y ocho horas de vida.

—Entonces, la partida se jugará pasado mañana.

—Exactamente —confirmó la muchacha.

CAPÍTULO VIII

Los jueces, tres por bando, estaban delante de una gran mesa que sustentaba algunas cajas de gran tamaño que contenían las armas que iban a usar los contendientes. El inmenso ajedrez tetradimensional estaba ya dispuesto.

Carolina había acudido al asteroide, vestida con un traje de tejido de oro. En el extremo opuesto de la explanada donde se hallaban los cuatro tableros superpuestos se veía la minúscula figurilla plateada de Yarh'ena.

Los jueces y los contendientes eran los únicos ocupantes del asteroide, un pedrusco de forma irregular, cuyo eje máximo apenas alcanzaba los mil metros. Kimball y Chilton tenían puestos ya los arneses de los aparatos autopropulsores, con los cuales podrían moverse tanto en un plano vertical como horizontal, sin necesidad de escaleras ni ascensores.

En la realidad, las figuras que representaban las distintas piezas de la partida eran de tamaño natural, salvo los dragones, unos extraños animales de forma mitológica, de unos cinco o seis metros de largo por dos y medio de altura. Tenían apariencia de reptil prehistórico y su cuerpo estaba cubierto de gruesas escamas.

Cada cuadro tenía en el centro un orificio circular de unos cuatro metros de diámetro, lo que permitía no sólo el movimiento de las piezas a la casilla deseada, sino también el de los contendientes. Las casillas eran de los colores ya conocidos por Kimball y medían diez metros de lado.

Kimball estudió las armas que había sobre la mesa. Con gran asombro por su parte, comprobó que eran completamente terrestres.

Carolina le explicó aquel aparente contrasentido:

—Es lógico, si se piensa que sois dos terrestres los que vais a combatir. Por otra parte, aquí no tenemos armas.

—No las usáis, querrás decir —refunfuñó él—. Cada vez que me acuerdo de aquellos tubos de energía pura, se me ponen

los pelos de punta.

—¿Cuáles van a ser tus armas, Miguelito? —preguntó Chilton.

—Veo rifles y revólveres. Llevaré uno de cada. Y también un cuchillo.

Chilton le guiñó un ojo.

—Tenemos los mismos gustos, camarada —contestó.

Kimball se ciñó un cinturón con un revólver, del que igualmente pendía la funda del cuchillo. Luego se terció el rifle a la espalda.

Uno de los jueces dio dos palmadas.

—Ocupen sus puestos —ordenó.

Carolina avanzó con paso sereno hacía el lugar del jefe máximo dorado. Kimball la contempló un instante.

Luego echó a andar y se situó detrás de la doble hilera del tablero de la base. Detrás de él estaban las naves que les habían trasladado desde Zlar.

Suspendidas en diversos puntos, había numerosas cámaras de televisión. La partida debía transmitirse a los dos planetas.

Formando parte de su equipo, Kimball llevaba en el pecho un pequeño tablero de mandos, con el cual podría moverse él y mover las piezas de su bando. Trató de recordar, una vez más, las reglas del juego.

Inspiró profundamente. La partida iba a empezar.

Una partida en la que su propia vida estaba en juego.

—¡Adelante! —sonó la voz de uno de los jueces.

* * *

Kimball avanzó unos pasos. Carolina estaba a veinticinco metros por delante de él. Allí permanecería durante toda la partida, hasta que se concluyese, con la victoria o la derrota.

Admiró íntimamente el valor de las dos mujeres, que se exponían a perder la vida por un ideal que él no comprendía muy bien. De pronto, presionó el mando de avance de su propulsor y saltó hacia adelante.

Movió unas cuantas piezas. Alcanzó dos o tres de sus adversarios, lanzándolos fuera de los tableros. El, a su vez,

perdió cuatro o cinco en sendos ataques fulgurantes de Chilton.

De repente, vio venir a su adversario lanzado a toda velocidad.

Chilton cabalgaba sobre un dragón, tendido sobre sus lomos, a los cuales se sujetaba con sus piernas. El rifle de Chilton ladró unas cuantas veces.

Un cohete explotó ensordecedoramente junto al joven. Kimball se lanzó a un lado y cuando el dragón pasó por su lado, disparó tres rápidos tiros de revólver.

El dragón se convirtió en humo y Chilton se vio lanzado a cuarenta metros más abajo. Durante la caída aprovechó para destrozar a balazos dos soldados y una heroína. Un proyectil impactó junto a los pies de Carolina, pero la muchacha permaneció rígida e inmóvil, como una figura más del juego.

Kimball disparó tres cohetes seguidos, uno por piso. Perdió dos de ellos estérilmente, pero el último barrió de golpe toda una hilera de filas negras del tablero superior.

Chilton lanzó un rugido de rabia. Aquel golpe le había colocado en desventaja.

Atacó nuevamente. Tras remontarse al tablero superior, picó velozmente, serpenteando entre las casillas. Kimball le esperó en el tablero blanco y rojo, y al verle pasar, hizo fuego contra sus propulsores.

Todo estaba permitido. Sus disparos fallaron y se agazapó tras un guerrero, para recargar el revólver.

El guerrero voló en pedazos al recibir un certero disparo. Las figuras estallaban con facilidad al menor golpe. Kimball rodó hacia el agujero de la casilla, cayó a través del mismo, pero se remontó acto seguido por el siguiente orificio.

Cuatro cohetes y dos dragones adversarios se lanzaban a una furiosa carga, barriendo cuanto encontraban a su paso. Kimball descolgó el rifle y lanzó una rápida descarga, que contuvo el ataque en su mayor parte.

Quedó un cohete, que se dirigió rectamente hacia él, a ras del tablero. En el último instante, Kimball se dejó caer por el orificio más próximo.

El cohete pasó rugiendo y rebasó el tablero. Aquello

bastaba para dejarlo fuera de juego; la partida había de desarrollarse exclusivamente en el interior de los tableros.

De repente, sintió en las manos un golpe tremendo. Una fuerza misteriosa le arrebató el rifle, haciéndolo saltar al vacío.

Sacó el revólver. Otro golpe lo desarmó en el acto.

Kimball volvió la cabeza. Chilton, a diez pasos de distancia, reía satisfecho.

Tenía su revólver en las manos, sujetándolas con las dos al mismo tiempo, pero Kimball pudo ver que debajo del cañón del arma había un tubo proyector de energía pura.

Estaban en el tablero del segundo piso, el tercero contando desde la base. Los jueces no podían ver, por tanto, el arma ilegal que empuñaba su adversario.

Chilton soltó una estruendosa carcajada.

—¡Has perdido la partida! —gritó, a la vez que tomaba puntería cuidadosamente.

* * *

Kimball vio elevarse el cañón del revólver y tomé una resolución desesperada.

Agachándose velozmente, saltó hacia adelante, a la vez que avanzaba a fondo el mando de propulsión horizontal. Convertido en un proyectil humano, alcanzó su antagonista, en el instante en que el revólver tronaba sobre su cabeza.

Chilton lanzó un agudo rugido de furia. El impacto fue terrible y voló por los aires, deshaciendo unas cuantas figuras sucesivamente, con los choques de su voluminoso corpachón.

Kimball frenó su propulsor y rodó por el tablero. Chilton estuvo a punto de saltar al vacío, pero en último instante consiguió agarrarse a una de las columnas sustentadoras y permaneció así algunos segundos, mientras trataba de recobrarse del golpe recibido.

Kimball volvió a la carga, furioso por el artero ataque de que había sido objeto. Voló hacia Chilton, si darle tiempo más que para empuñar el cuchillo.

Chilton levantó el brazo. En vuelo, Kimball invirtió su postura y cayó con los pies por delante. El derecho golpeó la

mano armada de su adversario, desviándola hacia adentro.

El filo del cuchillo cortó uno de los arneses del propulsor. Al mismo tiempo, Chilton salía despedido del tablero.

Un horrible alarido brotó de sus labios. Desprovisto de sustentación, cayó a plomo desde más de sesenta metros de altura. Después del choque, se quedó definitivamente quieto.

Kimball se irguió, secándose el sudor de la frente. Oyó voces de alegría y percibió la llamada de los jueces de Zlar que le requerían para declararlo vencedor.

Pero todavía quedaba la fase final de la partida: el encuentro con el jefe máximo plateado.

Maniobrando convenientemente, llegó al tablero de la base. La mujer del vestido de plata le miró con fijeza.

—Has ganado —dijo Yarh'ena.

—Sí.

Los ojos de Kimball se posaron en la brillante esfera de metal que aparecía posada a unos cien pasos de distancia.

—¿Sabes manejar esa astronave, Yarh'ena? —preguntó.

—Por supuesto —replicó ella, sorprendida—. Pero, ¿a qué esperas? Has ganado y mi vida está en tus manos.

Kimball sonrió. Avanzó hacia la joven y, de pronto, la agarró por un brazo.

—¡Vamos, llévame a Benq'ist! —pidió, a la vez que se remontaba en el aire, remolcándola consigo sin el menor esfuerzo.

Los jueces y Carolina corrían hacia aquel lugar.

Llegaron tarde. Cuando llegaban al otro extremo del ajedrez tetradimensional, vieron que se cerraba la escotilla de la nave benquistiana.

Segundos después, el aparato alzaba el vuelo a toda velocidad.

Las lágrimas brotaron inconteniblemente de los ojos de Carolina.

—¿Por qué? ¿Por qué has tenido que hacer eso? —gimió.

Naturalmente, Kimball no dio ninguna respuesta.

* * *

Yarh'ena entró en la cámara con un montón de prendas y se las entregó a Kimball.

—Póntelas, por favor —indicó.

Kimball examinó los ropajes: pantalones forrados de cálida piel y un chaquetón con capucha, igualmente forrado. Un par de recias botas que le llegaban hasta casi la rodilla y guantes ad hoc completaban el equipo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Lo verás en seguida —respondió la joven.

Kimball pasó a otra cámara a vestirse. Cuando regresó, con el chaquetón todavía bajo el brazo, Yarh'ena; estaba igualmente equipada.

La nave descendía suavemente hacia el cielo. Ella le indicó que el aterrizaje era guiado automáticamente

Un ligero choque les indicó que ya habían tomado tierra. Kimball se puso el chaquetón y los guantes y se dirigió hacia la puerta, siguiendo a la joven.

Yarh'ena abrió la puerta. Un chorro de aire helado golpeó los rostros de ambos. Kimball contempló con asombro el deprimente panorama que se extendía ante sus ojos.

Estaban en una llanura barrida por vientos glaciales, cubierta de una fina capa de nieve, de la que se desprendían de cuando en cuando remolinos de polvo blanco. A unos doscientos metros de distancia, Kimball divisó los edificios de una ciudad de regulares dimensiones.

Eran casas de una sola planta, de forma cúbica, y a lo que parecía, de gruesas paredes, indudablemente, para proteger a sus moradores de las bajísimas temperaturas externas. La luz exterior era muy pobre, como en la Tierra al final del crepúsculo en un día de invierno.

La estrella que era el sol de aquel sistema lucía en las alturas con escaso resplandor de tonos muy amarillentos, a punto de virar hacia el anaranjado. El paisaje y el ambiente, en conjunto, resultaban tétricos y deprimentes.

—Este es Benq'ist —dijo Yarh'ena, después de unos momentos de silencio.

—Empiezo a comprender por qué tu esposo me pidió que

viniera a visitar el planeta antes de empezar la partida.

—Celebro que lo comprendas —sonrió ella—. Ven, te hospedarás en mi casa.

Kimball se estremeció al salir fuera de la nave.

—¡Brrr, qué frío! —se quejó.

Yarh'ena sonrió.

—Has tenido suerte, pues has venido en verano —contestó.

—En tal caso, el invierno debe ser horrible.

—Como no te puedes figurar.

Echaron a andar. Kimball vio unas raras figuras que sobresalían varios metros del suelo, con retorcidas ramificaciones.

—Intentamos cultivar plantas, pero fracasamos —respondió ella—. El clima no lo permite de ninguna manera. Esos árboles nacieron, pero murieron antes de llegar al segundo invierno.

Kimball golpeó una rama, que se partió con cristalino sonido. Un pliegue de preocupación apareció en sus cejas.

Continuaron andando. Nadie se asomó a las casas para verles pasar.

—Es el período nocturno —explicó Yarh'ena—. Durante el día, la luz apenas aumenta un poco.

—¿Y la temperatura?

—En verano, la media es de uno o dos grados bajo cero en las horas de máxima temperatura. En invierno, puede llegar a los treinta. Sé que en vuestro planeta tenéis lugares donde las temperaturas alcanzan los setenta negativos, pero también hay infinidad de lugares donde las ropas son meros objetos para cubrir las apariencias del decoro, como sucede también en Zlar.

—O para seguir los dictados de la moda —dijo Kimball, sonriendo. Pero se estremeció, al pensar que aquellos desgraciados tenían que vivir en un planeta donde el termómetro no pasaba nunca del punto de congelación en la escala centígrada.

—Sí, indudablemente —convino la joven.

—Ahora me gustaría una explicación, Yarh'ena. Habéis perdido la guerra. ¿Va a ser destruido vuestro planeta?

Ella rio casi estridentemente.

—En absoluto. ¿Para qué destruir este mundo hostil y apenas habitable? Nos dejarán tal como estamos, simplemente.

—Carolina me dijo que si vosotros ganabais, Zlar sería destruido.

Yarh'ena le dirigió una penetrante mirada.

—Temo que no has entendido por completo el sentido de esta guerra —dijo—. Pero ya llegamos a mi casa. Entra, por favor.

—Detrás de ti, Yarh'ena —contestó Kimball, cortésmente.

* * *

Dentro de la casa había un débil resplandor, motivado por una especie de brasero que había en el centro de una estancia de buenas dimensiones y de forma cuadrada. En tres de las paredes de la sala había una especie de bancos, hechos con el mismo material que el edificio y cubiertos con abundantes pieles de animales que Kimball calculó muy semejantes a los bóvidos terrestres.

El brasero era un hoyo en el suelo, en el que había una especie de lenteja de gran tamaño, unos cincuenta o sesenta centímetros de diámetro, que despedía una luz amarillenta, casi fosforescente, y un poco de calor, no demasiado, ya que, según comprobó Kimball, se podía poner la mano sin temor de quemarse. Un hombre estaba sentado en uno de los bancos y se levantó al entrar la pareja.

—Bien venido a Benq'ist —saludó Vai'dor, llanamente—. ¿Has tenido un buen viaje, Miguel?

—El piloto lo ha hecho todo —sonrió Kimball—. Celebro verte de nuevo, Vai'dor.

—Gracias. Yarh'ena, ¿has oído alguna noticia importante durante el viaje?

—No, ninguna, excepto que en Zlar reina gran alegría por la victoria, si bien se califica a nuestro huésped, de tipo chiflado y extravagante, cuando no de loco de remate.

—Ciertamente, si yo fuese zlariano, también pensaría —así manifestó Vai'dor—. Puedes quitarte algo de ropa, si lo deseas, Miguel.

Kimball se estremeció ligeramente.

—A decir verdad, no hace demasiado calor aquí —contestó.

Vai'dor señaló aquella extraña lenteja luminosa.

—Eso es todo lo que tenemos para luz y calefacción en nuestro planeta —replicó.

Yarh'ena había desaparecido en el interior de la casa. Kimball se extrañó de la respuesta de Vai'dor.

—¿No tenéis siquiera energía eléctrica? Eso podría proporcionaros calefacción.

—Si dispusiéramos de conductores, desde luego, pero no los tenemos. Los zlarianos nos niegan todo material eléctrico. Les suministramos algo muy importante, ese mineral que ves, derivado del que vosotros llamáis uranio y que, sin sus propiedades radiactivas, posee unas cualidades energéticas en alto grado. La palabra equivalente a la vuestra sería «suburanio» y nosotros se lo suministramos ya transformado a los zlarianos, a cambio de alimentos y algunas otras cosas que nos permiten sobrevivir en Benq'ist.

Kimball tomó asiento en uno de los bancos.

—Voy comprendiendo —dijo—. ¿Es muy difícil la obtención del suburanio?

—Lo más complicado es su transformación, que se realiza en las fábricas de Zlar. Desde luego, nosotros suministramos la materia prima y ellos nos pagan con algunos manufacturados y partidas fijas de suburanio ya elaborado. También pagan con su moneda, todo lo que les pedimos, pero, ¿qué se puede comprar en Benq'ist?

—Sí, desde luego, creo que no abundan las tiendas en este planeta —sonrió Kimball—. Sin embargo, creo que podéis ir y venir a Zlar cuando os apetece.

—Por supuesto, y disponemos de abundantes naves, pero las leyes zlarianas son muy severas al respecto y no permiten la estancia allí de un benquistiano durante más de dos semanas.

—¿Qué pasa si se viola esa ley?

—¿Crees que se puede violar? Siempre llevamos uno o dos vigilantes a la zaga. Al terminar el período de estancia en Zlar, nos embarcan en nuestra nave, sencillamente, de grado o por

fuerza.

Yarh'ena entró en aquel momento, portadora de dos grandes copas de piedra muy pulida, llenas de un líquido algo espeso y de color rojo oscuro.

—Bebe —dijo al entregarle a Kimball una de las copas.

El terrestre probó el líquido. Le pareció vino, aunque de consistencia un tanto siruposa. No obstante, tenía un gusto muy agradable y llenaba el cuerpo de calor.

—Está muy bueno —elogió—. No habrá viñas por aquí, claro —sonrió.

—Procede de la destilación de un mineral que abunda bastante en este planeta —explicó Vai'dor—. Es nutritivo en alto grado y reconforta considerablemente.

Kimball tocó las pieles sobre las que se sentaba.

—Entonces, estos animales…

—Sólo los matamos cuando necesitamos abrigo. El clima de nuestro planeta exige pieles.

—Sí, ya veo —dijo Kimball, pensativamente—. Y cada vez comprendo más las cosas. ¿Qué población tiene Benq'ist, en cifras aproximadas?

—Oh, unos cien o ciento veinte millones. Nuestro índice de natalidad no es precisamente alto.

—En Zlar existe un número doble de personas, por lo menos —añadió la mujer.

—Y son dos planetas de tamaño parecido a la Tierra —dijo el huésped.

—Más o menos, así es.

Hubo un momento de silencio. Kimball reflexionaba.

—Vai'dor, Yarh'ena, habéis perdido la guerra, creo —dijo al cabo.

—¿Puedes dudarlo? —contestó el hombre—. Nosotros pertenecemos a lo que en la Tierra llamaríais una federación o liga interplanetaria, con leyes severísimas al respecto. Ningún Gobierno se arriesgaría a emprender una guerra al respecto, porque sabe que la respuesta de la liga sería fulminante, además de definitiva.

—¡Si sucediese así en la Tierra! —suspiró Kimball—. Según

he podido apreciar, la declaración de guerra sí: es permitida.

—Sí, siempre que existan motivos, que los hay, y el conflicto se solucione entre dos personas, cuatro, como máximo.

—Vosotros tenéis motivos para esa guerra. ¿No los admite la liga para obligar a Zlar a que os conceda un trato más justo?

—Es un asunto interno entre dos planetas, que no afecta a los restantes en absoluto. Ten en cuenta que nosotros vivimos en un sector en el que solamente hay dos planetas habitados, pero el resto de la liga ocupa una vasta zona de la galaxia, incluso con soles para distintos grupos de planetas. El número total de los pertenecientes a la liga supera el centenar y medio.

—El vuestro es el tercer sistema, creo. Este conflicto no afecta en absoluto a los otros sistemas solares.

—Así es —confirmó Vai'dor.

Kimball se puso en pie y examinó las paredes del edificio, compuestas de grandes bloques de una piedra ligera y esponjosa, bastante blanda, de color gris muy oscuro.

—¿Cómo cortáis los bloques? —preguntó.

—Tenemos máquinas cortadoras. Basta ir a las canteras y cortar lo que se necesita.

—Sí —murmuró Kimball—. Máquinas cortadoras y...

Dejó la frase en suspenso y se volvió hacia sus anfitriones.

—Voy a ayudaros —dijo—. Conozco algunos trucos que os harán ganar la guerra, aun habiéndola perdido y sin necesidad de un nuevo reto a los zlarianos.

Los ojos de Yarh'ena se iluminaron.

—Sería magnífico —exclamó.

Su esposo, más cauto, preguntó:

—¿Una guerra a estilo terrestre?

Kimball se echó a reír.

—Tal vez, pero en todo caso, incruenta y sin el menor derramamiento de sangre. Vai'dor, ¿querrás acompañarme mañana a la cantera?

—Mañana es hoy ya —sonrió el benquistiano—. ¿Para qué quieres ir a la cantera? —preguntó.

—Ya lo verás. Tengo que estar aquí algunos días meditando

mi plan y discutiendo conmigo mismo los detalles y... —Kimball se estremeció fuertemente—, la verdad, no me agrada este ambiente, ni siquiera dentro de las casas.

CAPÍTULO IX

Vai'dor y Yarh'ena contemplaban extrañados aquella construcción de forma piramidal que, empezando a metro y medio del suelo, terminaba en el techo, a través del cual pasaba por un tubo de sección cuadrangular. Ninguno de los dos se explicaba para qué había construido Kimball aquel aditamento a la sala.

Llamaron a la puerta. Yarh'ena se precipitó a abrir y vio a Kimball con un enorme brazado de ramas de árbol.

—Hola —saludó el terrestre alegremente—. Vaya un verano; a tres bajo cero a mediodía. Es muy parecido al último que disfruté yo; bajo el sol, con un simple pantalón de baño, en la arena y con un vaso lleno de refresco al lado.

Dejó las ramas en el suelo y se aflojó la chaqueta. Miró a Vai'dor y sonrió.

—Sois muy cultos y civilizados para ciertas cosas. En otras, estáis peor que en la prehistoria de mi planeta.

Minutos más tarde ardía un alegre fuego bajo la campana de la chimenea. Los dos esposos se sentían estupefactos, incapaces de pronunciar una palabra.

—La leña abunda en enormes cantidades —dijo Kimball—. Basta quebrar las ramas, que no se han mineralizado todavía; simplemente, están congeladas. Convendría que lo divulgaseis entre vuestros compatriotas —aconsejó—. Tú, Vai'dor, me has ayudado a construir la chimenea. Enseña a otros a hacer lo mismo.

Y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adonde vas? —preguntó Yerh'ena.

—A cazar —contestó él, resueltamente.

Minutos más tarde, resonaba un disparo en la llanura. Uno de aquellos anímales, tan parecidos a las vacas terrestres y que se alimentaban del musgo que cubría el suelo, se desplomó fulminado.

Del armamento empleado en la partida de ajedrez

tetradimensional, Kimball conservaba aún el revólver y el cuchillo de caza. Ya había estado en la astronave, de la cual había sacado una larga barra de hierro de sección cilíndrica.

Cuando llegó a la casa, con un buen cuarto de vaca y las costillas, la sala rebosaba de gente que contemplaban maravillados las llamas. La llegada del terrestre despertó aún mayor expectación.

Kimball espetó el cuarto en el asador y lo puso sobre el fuego. Un olor delicioso se expandió por el ambiente a los pocos momentos.

Vai'dor le contemplaba maravillado.

—Esto no se nos había ocurrido a nosotros —declaró sinceramente.

—En cierto modo, los zlarianos son muy considerados con vosotros —dijo Kimball—. Os dan la comida hecha, así que, ¿para qué molestarse en cocinar?

Vai'dor enrojeció.

—Sí, creo que tienes razón —admitió—. Somos muy civilizados en algunos aspectos, como dices, pero no hemos desarrollado apenas el intelecto.

—Di mejor el instinto de supervivencia. Os habéis limitado a construir una casa para cobijaros del frío, pero no habéis sabido hallar el estímulo que os permitiera progresar, aun en tan adversas condiciones.

—Creo que ahora progresaremos —dijo Yarh'ena, con ojos muy brillantes.

—Eso espero, aunque no por ello desisto de ganar vuestra guerra —sonrió Kimball.

Cuando la carne estuvo asada, sacó el cuchillo y empezó a cortar lonchas, que entregó a los presentes. El mismo probó una tajada y sólo le encontró un defecto.

—Falta la sal, aunque me imagino que debe de haber algún océano en Benq'ist, siquiera sea congelado. Vai'dor, ya puedes empezar a pensar en algún sistema para obtener sal.

—Trataré de conseguirlo —contestó Vai'dor, con las mejillas rojas por el calor que reinaba en la estancia.

Los nativos se sentían sumamente felices. Kimball pensó en

la singular paradoja que representaban aquellas gentes: disponían de astronaves para trasladarse a cualquier punto de la galaxia y no conocían siquiera el fuego.

«El primer y más sensacional descubrimiento de la humanidad terrestre», se dijo.

La temperatura permitía quitarse la mayor parte de las ropas. Reinaba una euforia singular.

Al terminar, Kimball levantó una mano.

—Vai'dor, imagino que debe de existir algún código escrito o alguna recopilación de leyes de las que regulan la liga de planetas de Vega.

—Sí, es cierto. Disponemos de varios ejemplares, aunque estando escritos en nuestros idiomas, dudo mucho de que puedas entenderlos.

—No importa; busca ese libro y tú me lo irás leyendo y traduciendo al mismo tiempo. Antes de emprender la guerra contra Zlar, quiero estar seguro de que no vamos contra las leyes de la liga.

* * *

Habían transcurrido seis o siete días.

Vai'dor y su esposa, alternándose, habían leído el código de la liga a Kimball, quien, después de repetir la lectura dos veces, se consideraba bastante impuesto en aquellas leyes, debido, sobre todo, a su excelente retentiva. Había llegado, pues, el momento de iniciar la batalla final.

—¿De cuántas astronaves dispone Vai'dor? —preguntó al terminar las sesiones de estudio.

—Cuatrocientas o quinientas, con capacidad cada una, en caso necesario y si se trata de un viaje corto, hasta de veinte personas.

—Claro, para viajes más largos se necesita espacio para los alimentos.

—Justamente.

—¿Están todas las naves en Vai'dor?

—Siempre hay ciento cincuenta o doscientas, al menos, que se encuentran en viajes comerciales a Zlar, yendo y viniendo

continuamente.

Kimball hizo un gesto con la mano.

—Tendremos que concentrarlas para volar todos a la vez a Zlar. Y a propósito, llevo una semana aquí y todavía no conozco a vuestro presidente.

Vai'dor emitió una maliciosa sonrisa.

—Lo tienes delante —contestó.

—¡Caramba! —resopló Kimball—. Eso sí que es una sorpresa..., pero no quisiste correr el riesgo de jugar la partida de ajedrez tetradimensional.

—Decidí, de acuerdo con mi Gobierno, emplear los mismos métodos que los zlarianos —explicó Vai'dor.

—Lo cual me parece muy bien, pero pusiste en peligro la vida de tu esposa.

—Ella asumió el riesgo voluntariamente. Y se sintió en el deber de dar ejemplo a los demás.

—Una conducta digna de alabanza. —Kimball frunció el ceño de pronto—. La leña se está acabando —observó.

—Iré yo.

Kimball se puso en pie.

—No, deja, necesito reflexionar un poco mientras recojo un brazado de ramas. Ah, no lo olvides; a medida que lleguen las naves desde Zlar, haz que permanezcan en tierra. No permitas más despegues, si no es un caso de extrema urgencia, ¿comprendes?

—Transmitiré la orden inmediatamente —contestó Vai'dor.

Kimball se puso las ropas de abrigo y salió al exterior.

Contempló deprimido el lóbrego paisaje de Benq'ist. La razón asistía por completo a sus habitantes.

Y se prometió luchar por su causa, que estimaba justa, con todas sus fuerzas.

Minutos más tarde, había reunido un buen brazado de ramas. Se disponía a regresar cuando, de repente oyó una voz a sus espaldas.

—¿Kimball? No se mueva ni cambie de postura o recibirá un balazo en pleno cráneo.

* * *

El joven se quedó rígido.

Aquel individuo le había hablado con un acento inequívoco. No era el acento de Zlar ni tampoco el de Benq'ist.

—Si no me equivoco, esa voz es la de un tal Pete Colhman, antiguo hampón y luego ayudante de un granuja que, descanse en paz, se llamó Jerry Chilton —dijo cuando se hubo recobrado de la sorpresa recibida.

—Sí, soy Colhman —admitió el terrestre—. Y no he venido solo.

—Claro, claro —sonrió Kimball—. El otro, me imagino, debe de ser Louie Issaro.

—El mismo —corroboró el nombrado—. También tengo una pistola en la mano.

—¿Van a asesinarme?

—En realidad, nuestra misión oficial es secuestrarle y llevarlo a Zlar —dijo Colhman.

—Por encargo de una chica preciosa que parece muerta por sus huesos —añadió Issaro.

—Pero otra persona ha dicho que usted estorba —manifestó Colhman.

Kimball se estremeció y no de frío precisamente.

—¿Quién? —preguntó.

—Un pez muy gordo de Zlar, es todo lo que importa. ¡Quítese la ropa, Kimball!

El joven vaciló.

—No entiendo...

—Cuando vean que tarda en volver, empezarán a buscarlo. Tardarán en encontrarlo, pero sólo encontrarán un cuerpo helado.

—Ah, un bonito truco —murmuró Kimball.

Lanzó una mirada a la ciudad.

Había algo más de un kilómetro de distancia. En la penumbra del ambiente, podía ver numerosas humaredas que salían por las chimeneas recién construidas.

Varias decenas de astronaves se hallaban estacionadas a un lado, brillando oscuramente a la luz de un sol que era poco más

que un amarillento disco del tamaño aparente de una lenteja. No había personas a la vista y sólo se divisaba a lo lejos un rebaño de bóvidos, buscando el precario alimento que les permitía subsistir en un terreno tan hostil.

—Vamos, fuera ese chaquetón —gruñó Colhman.

—Sí, claro, ahora mismo.

Debajo de las prendas de abrigo sólo llevaba el mono que le había facilitado Carolina. Era insuficiente contra aquellas glaciales temperaturas.

Empezó a desabrocharse el chaquetón.

«Si no me hubiera dejado el revólver en casa...»

Acabó de quitarse el chaquetón. Entonces, inopinadamente, giró sobre sus talones y lo lanzó a la cara del terrestre más cercano, que resultó ser Colhman.

El individuo lanzó un rugido de rabia, mientras procuraba desembarazarse de la prenda. Kimball, veloz como el pensamiento, se agachó y esquivó así un furioso disparo que le dirigía el otro sujeto.

Issaro no tuvo tiempo de apretar de nuevo el gatillo. La frente de Kimball, lanzado en fulminante salto hacia adelante, golpeó su mentón con tremendo impacto, derribándolo en el acto sin sentido.

El revólver de Issaro pasó a su poder inmediatamente, pero no cometió el error de quedarse en el mismo sitio, sino que rodó por el suelo helado varias veces, eludiendo así dos proyectiles malignamente dirigido: contra su cuerpo por el revólver de Colhman.

Kimball se detuvo de pronto. Todavía tendido sobres la nieve, apretó el gatillo tres veces muy seguidas.

Colhman se tambaleó, con una expresión de sorpresas pintada en el rostro. El arma se escapó de sus dedos; sin fuerza y rodó por tierra.

Kimball se puso en pie y recuperó el chaquetón, que se puso antes de enfriarse. Recogió el revólver de Colhman y luego comprobó que Issaro estaba solamente desmayado.

Se oían gritos a lo lejos. Varios nativos corrían hacia aquel lugar, atraídos por las detonaciones.

Vai'dor fue el primero en llegar. No menos asombrado que los demás, contempló los dos cuerpos tendidos en el suelo y luego miró a Kimball inquisitivamente.

—Lo siento —se disculpó el terrestre—. Querían matarme.

—¿Quiénes eran? —preguntó.

—Mi rival se trajo consigo dos ayudantes —explicó Kimball —. En realidad, en la Tierra reciben un nombre muy diferente y poco honorable. El los llamaría guardaespaldas, pero en realidad eran dos matones. Es decir, uno de ellos sigue siéndolo.

—Entonces, no están muertos los dos.

—No, uno sólo está atontado. Contra el otro, en efecto, no tuve otro remedio que disparar. Lamento haber sido el origen de un suceso semejante en tu planeta, Vai'dor.

El hombre de Benq'ist le puso una mano en el hombro.

—Has hecho lo que debías hacer —contestó.

Kimball sonrió, agradecido. Issaro empezó a rebullir en aquel momento y Kimball se afanó en reanimarle.

—Puede que te empeñes en callar, pero en ese caso haríamos contigo lo que tú y Colhman queríais hacer conmigo —dijo amenazadoramente—. ¿Quién os dio la orden de asesinarme?

Issaro se lamió los labios, amedrentado por el círculo de rostros hostiles que le rodeaba.

—No lo sé —contestó, lleno de pánico—. Se arregló con Colhman y éste me lo dijo a mí. Le pagaron con un saco de esas monedas de esmeralda y... bueno, al morir Chilton, nos quedamos sin la recompensa prometida.

—Ese «arreglo», como tú lo llamas, ¿fue antes o después de que Carolina os ordenara venir a buscarme?

—Después, muy pocas horas después. Yo estaba recorriendo la ciudad y me enteré al regreso al alojamiento que nos habían asignado.

Kimball comprendió que Issaro había dicho todo cuanto sabía. Extendió la mano y señaló la astronave apenas visible en la llanura.

—Vete —ordenó.

Issaro obedeció. En medio de todo, se sentía contento por haber librado el pellejo.

CAPÍTULO X

Quinientas astronaves aterrizaron casi simultáneamente en las afueras de la gran capital de Zlar.

Poco más tarde, los asombrados habitantes de la urbe vieron avanzar una gran masa de gente, compuesta por unas veinte mil personas que, formando una espesa columna, desfilaban por las avenidas más espaciosas hacia el centro de la ciudad.

Los zlarianos no habían presenciado jamás una cosa semejante. Aquella inmensa multitud caminaba silenciosamente, sin proferir el menor grito, hombres y mujeres y niños, un buen número de ellos portadores de unos palos a cuyo extremo había unos carteles con inscripciones en el común idioma del Tercer Sistema.

Las quinientas astronaves despegaron apenas vaciada su carga humana. Volvían a Vai'dor para transportar más nativos.

Los pacíficos zlarianos empezaron a alarmarse, a pesar de que los recién llegados no daban signos de hostilidad. Muchos, curiosos e intrigados, empezaron a seguir una marcha paralela a la de la columna, para ver en qué paraba aquel singular espectáculo y cuáles eran las intenciones de sus componentes.

La columna desfiló por delante de un edificio de nobles líneas, en cuyo frontis podía leerse:

PRESIDENCIA DE ZLAR

Gralrbor, presidente del planeta, empezó a sentir pánico a la vista de aquella multitud. Pero ninguno hizo el menor ademán hostil contra él, limitándose a mostrarle los carteles para que pudiera leer bien las inscripciones.

Un cuarto de hora más tarde, la columna se detuvo, formando espesa masa, delante de otro edificio, sobre cuya entrada se leía:

CONSULADO GENERAL DE LA LIGA

DE SISTEMAS PLANETARIOS DE VEGA

El cónsul general frunció el ceño al ver aquella muchedumbre parada ante su residencia. Leyó algunas de las pancartas y elevó las cejas, asombrado y perplejo al mismo tiempo.

Las inscripciones eran distintas, aunque referentes al mismo tema:

¡Acabad con nuestro destierro!

¡Queremos volver al lugar de donde procedemos!

¡Igualdad para todos los ciudadanos del Tercer Sistema!

¡Luz y calor para todos, sin discriminación!

¡Pedimos el fin de nuestro destierro!

Kimball, Vai'dor y su esposa encabezaban la manifestación. Había dos vigilantes, mera decoración corporal, en la puerta, y pidieron permiso para ver al cónsul.

—Soy el presidente de Benq'ist —declaró Vai'dor, arrogantemente.

El cónsul accedió a recibirles.

—Jamás he visto una cosa semejante —declaró—. ¿Qué se proponen ustedes con ese desfile?

—Queremos volver a Zlar, señor —contestó Vai'dor.

—Su sitio está en Benq'ist; así lo dicen las leyes del Tercer Sistema —contestó el cónsul.

—Son unas leyes injustas. No estamos obligados a acatarlas.

El cónsul respingó.

—Es la primera vez que oigo una cosa semejante —aseguró.

—Son leyes dictadas por zlarianos y para su exclusivo beneficio, señor.

—Tuvieron su oportunidad en la partida de ajedrez tetradimensional.

—Han sido tres oportunidades perdidas —afirmó Vai'dor—. No declararemos más la guerra. Solamente queremos que se deroguen esas leyes injustas y que se nos permita vivir en Zlar libremente.

El cónsul frunció el ceño.

—Según las leyes, esa es una discusión que no me compete en absoluto —contestó—. La promulgación o derogación de las leyes es de la competencia exclusiva de los ciudadanos de un sistema solar.

—Cierto —confirmó Kimball, interviniendo por primera vez —, pero según el código de la liga, a usted le compete aceptar y dictaminar sobre las reclamaciones que puedan presentarse sobre una ley injusta, siempre que el reclamante pueda probar la injusticia de tal ley.

El cónsul se quedó un instante perplejo.

—Así es, en efecto —concordó—. Pero dígame: ¿quién es usted? No le conozco...

—Ahora soy el asesor legal del presidente Vai'dor —sonrió Kimball—. Antes tuve el honor de defender Zlar en la partida de ajedrez tetradimensional.

El cónsul hizo una mueca despectiva.

—Es una costumbre que me desagrada enormemente —dijo —. Por eso no presencié el duelo. —Se volvió hacia Vai'dor—. ¿Es cierto que es su asesor legal?

—Sí, lo es —confirmó el interpelado.

—En ese caso, usted y su asesor estarán seguros de que su reclamación pueda ser probada.

—Para eso hemos venido, para que usted, en su calidad de cónsul de la liga, presencie el juicio sobre derogación de ley injusta al que demandamos al presidente y Gobierno de Zlar — dijo Vai'dor, con solemne acento.

E cónsul hizo un gesto de asentimiento.

—En tal caso, no me queda otro remedio que formular la pertinente notificación oficial al presidente de Zlar —respondió —. En el momento oportuno, se les comunicará la fecha y hora

del juicio.

* * *

Cada cuarenta y ocho horas, quinientas naves desembarcaban diecinueve mil quinientos oriundos de Benq'ist.

La capacidad de cada astronave era de veinte personas, dada que la duración del viaje era de unas veinticuatro horas. El piloto regresaba y diecinueve pasajeros desembarcaban.

Las calles de la urbe hormigueaban de benquistianos de tez oscura y ojos glaucos. Los zlarianos se sentían atónitos y desconcertados.

Kimball se sentía perplejo y un tanto dolorido.

Carolina no había hecho acto de presencia. La joven no se había dejado ver en ningún momento.

Kimball se había hecho leer el código de la liga otras dos veces. Hubiera podido recitarlo del primer al último artículo, sin omitir un punto ni una coma.

El juicio se celebraría en una especie de estadio, al aire libre, con objeto de que pudieran asistir cuantos lo desearan. Kimball lo visitó, y dada su forma semicircular, le pareció más bien un antiguo teatro griego. Puesto que el juicio sería transmitido por televisión, se garantizaba fuese presenciado por el mayor número de personas.

Faltaban veinticuatro horas para el juicio. Habían transcurrido diez días, y en aquel período habían llegado casi cien mil benquistianos.

Kimball no lo pudo resistir más.

—Voy a ver a Carolina —anunció.

Yarh'ena sonrió comprensivamente.

—Es una chica muy guapa, pero no lo olvides, zlariana antes que otra cosa —dijo.

—Sí, lo tendré en cuenta.

Los transportes públicos se realizaban por cintas deslizantes, parte en superficie para trayectos cortos, y subterráneas, para largos desplazamientos y a mayor velocidad. Kimball tomó una de las cintas subterráneas y emergió a la superficie muy cerca del lugar donde había sido alojado en

espera de la partida de ajedrez.

Recordaba perfectamente la dirección de Carolina y allí encaminó directamente sus pasos. Una mujer de edad madura y agradable presencia salió a recibirle.

—¿Krlin? —dijo, pronunciando el nombre en el lenguaje zlariano—. No, hace días que no viene por casa. Lo siento, es una chica muy independiente y no tenemos idea de dónde podrá estar.

—Yo fui el que luchó en aquella partida, señora.

—Lo sé —sonrió la madre de Carolina—. Ella vino muy disgustada por su desaparición.

Kimball apretó los labios.

—Creí conveniente conocer Benq'ist —dijo.

—Hizo bien. De todas formas, ¿por qué no va a la presidencia del planeta? Ella trabajaba con el secretario de Astronáutica. Su despacho estaba en el segundo edificio contando a partir del de la presidencia y a espaldas de éste. Allí tiene alojamiento y... quizá anda muy ocupada estos días.

—¿Puede ponerse en comunicación con ella, señora?

—Lo intentaré, aunque no le gusta que la molesten cuando trabaja.

—Dígale que Miguel quiere hablarla, por favor.

—Sí, desde luego. Entre, por favor.

Kimball pasó al interior de la casa. La madre de Carolina se acercó al visófono y marcó un número con una orden verbal, tras apretar el mando de conexión.

Un hombre apareció en la pantalla. La mujer preguntó por Carolina y el individuo prometió que se pondría dentro de unos momentos.

A Kimball, sin saber por qué, le desagradó la cara del sujeto. Pero poco más tarde, estaba hablando con Carolina.

—Hola. Me gustaría ir a verte —manifestó.

—No te molestes —contestó ella, secamente—. Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—¡Pero, Carolina...!

Ella se atusó el pelo con un gesto de la mano izquierda.

—¡Adiós, Miguel!

La imagen desapareció. La madre de Carolina dirigió al terrestre una mirada de lástima.

—Lo siento —dijo—. Es muy terca.

—Sí, pero su negativa a verme no era sincera en esta ocasión —dijo Kimball.

—¿Cómo? —se sorprendió la mujer.

—Tuvo que decirlo a la fuerza, señora. Había alguien tras ella, fuera de campo, amenazándola con algún arma para que me contestase con una negativa... Carolina, por tanto, no tuvo otro remedio que obedecer.

—Pero, ¿cómo lo sabe usted, si ella no ha dicho nada?

Kimball sonrió.

—Carolina es una chica lista y conoce mi oficio. Por eso se atusó el pelo con una mano y ello me permitió ver en su muñeca las huellas poco agradables de las ligaduras con que la tienen atada continuamente —respondió.

CAPÍTULO XI

Kimball contempló con mirada especulativa el edificio en que se hallaba encerrada la muchacha. Carolina debía de estar vigilada, por al menos un par de hombres. Los motivos de su encierro no eran difíciles de adivinar.

En el tercer piso había una ventana iluminada. Kimball había decidido ya su forma de actuar.

«A situaciones terrestres, acciones terrestres», se había dicho. Llevaba consigo una larga cuerda, a la que había atado un gancho metálico, convenientemente forrado. Pendiente de la cintura, sin embargo, llevaba un proyector de energía.

Lanzó el gancho hacia arriba. Al segundo intento tuvo la satisfacción de saberlo firmemente sujeto al antepecho de la ventana.

Se escupió en las manos, se las frotó y trepó rápidamente por la ventana. Asomó la cabeza con cuidado y divisó a un sujeto dormitando aburridamente en un cómodo sillón.

Kimball saltó al interior de la pieza. Hizo algo de ruido y el zlariano se despertó.

Un puño se abatió devastadoramente contra su mandíbula. El hombre se desplomó en el acto. Kimball sonrió satisfecho, mientras se inclinaba sobre él, para desposeerle de su proyector de energía. El aparato disponía de una especie de clip que permitía sujetarlo fácilmente en el cinturón.

Cruzó la estancia y se asomó a la puerta. Divisó un ancho corredor, a lo largo del cual se paseaba un hombre arriba y abajo con expresión no menos hastiada que el otro.

Kimball dejó que el individuo rebasara la puerta. Segundos después, un puño golpeaba la nuca del vigilante, dejándolo sin sentido en el acto.

Un segundo proyector pasó a su poder.

«Voy a convertirme en un arsenal viviente», se dijo, sonriendo.

Esta vez avanzó con el proyector preparado al mínimo de

tensión. Se acercó a la puerta y la abrió lentamente.

Carolina dormía sobre un diván, vestida, con las manos atadas. Un hombre vigilaba su sueño.

El individuo se puso en pie al ver abrirse la puerta. La distancia era excesiva y Kimball lanzó una descarga de energía pura, a mínima tensión.

EL chorro de fuerza invisible alcanzó de lleno al guardián y le hizo dar una voltereta en el aire. Cayó al suelo, aturdido, pero todavía consciente, y Kimball se arrojó sobre él.

Instantes después, colgaba de su cinturón el tercer proyector de energía. Miró a la joven y sonrió.

—Tuviste una buena idea al atusarte el pelo —dijo.

Carolina le dirigió una alegre sonrisa.

—No en vano fui a tu planeta a contratar a un famoso detective privado —contestó.

Kimball se inclinó sobre ella y le desató las manos.

—¿Quién te secuestró? —preguntó.

—Un hombre importante, Jawrjyd. Hermano del pobre Fitsjius.

—¿Qué cargo ocupa?

—Pertenece al Estado Mayor del presidente, entre otras cosas, Miguel.

—¡Hum! Eso me suena a que es el encargado de hacer todos los trabajos sucios. ¿Me equivoco?

—No, dices la verdad.

Las cuerdas quedaron a un lado. Carolina se puso en pie, y en el mismo momento, sintió que unos fuertes brazos rodeaban su cintura. Antes de que pudiera evitarlo, se encontró besada por el terrestre.

—¡Miguel! —dijo poco después, sofocada hasta la raíz del cabello.

Kimball le guiñó un ojo.

—No te habrá parecido mal, ¿verdad? En lo que a mí se refiere, tenía ganas de besar a una chica no nacida en la Tierra.

—Traidor —le apostrofó ella.

—¿Lo dices porque me marché a Benq'ist?

Carolina se puso seria.

—¿Por qué lo hiciste, Miguel? —preguntó.

Kimball la agarró de una mano y tiró de ella.

—Hablaremos más tranquilos en otro sitio —dijo—. En tu casa, por ejemplo.

—Sí, es lo mejor —accedió Carolina, sin más objeciones.

* * *

La madre de Carolina les sirvió sendas copas de aquel líquido rojo y espeso que Kimball había bebido en Benq'ist. Era todavía de noche y faltaban algunas horas para el comienzo del juicio.

—Los dos cometisteis un error —dijo Kimball—. Me refiero a Vai'dor y a ti, naturalmente.

—¿Por qué? —quiso saber Carolina, extrañada.

—Vai'dor defendía una causa justa y fue a buscar a un desaprensivo. Tú defendías una causa injusta, y sin ánimo de alabarme, puedo presumir de persona honrada. Por eso, después de ganar la partida, me fui a Benq'ist.

—Pero podías haber dicho...

—Te había dado a ti mi palabra y no me gusta violarla. Ya empezaba a sospechar la verdad y si gané fue porque, de haber perdido, hubiera muerto. Y tú también, muy probablemente.

—Sí, aquel terrestre era un sujeto verdaderamente repulsivo —concordó.

—Chilton no fue nunca un hombre decente. Quizá no se merecía morir, pero en las circunstancias en que nos hallábamos, yo no tenía otro remedio. Pero estimo que la razón está por completo del lado de Vai'dor y los suyos.

—¡ Ellos quieren vivir aquí! —protestó Carolina, con vehemencia.

Kimball sonrió.

—¿Lo ves? Tú misma no puedes despojarte de los prejuicios adquiridos y heredados a lo largo de siglos. ¿Es que no hay en Zlar suficiente sitio para todos? En resumen, no sois sino cuatrocientos o quinientos millones... y es un planeta del tamaño de la Tierra. ¿Cuánto tiempo tardaréis en sentir agobios de espacio?

Carolina no quería darse por vencida.
—A pesar de todo...
—A pesar de todo, os apoyáis en una ley injusta.
—Aprobada por el Gobierno de Zlar hace muchísimos años.
Kimball sonrió.
—¿Cuántos antepasados de Vai'dor formaban parte de ese Gobierno? —quiso saber.
—No lo sé, no se me ha ocurrido hacerme una pregunta semejante. Pero es una ley, ¿no?
—Carolina, mírate en tu interior. ¿Consideras esa ley justa o injusta?
Ella remoloneó.
—Yo... Bueno, yo la defendí con riesgo de mi propia vida —contestó.
—No eludas respuestas concretas. Es una ley y hay que acatarla, pero el problema estriba en su injusticia.
—Permitimos que los benquistianos vengan aquí cuanto quieran.
—Sí, un máximo de dos semanas y luego tienen que volver a su horrible planeta. ¿Has estado tú en Benq'ist alguna vez?
Carolina volvió la cabeza.
—Me estás apretando demasiado —se quejó.
—Te escuece la verdad —sonrió él—. Y no es cierto que si ellos ganasen la partida, Zlar resultase destruido. En una ocasión, por lo menos, tú me dijiste que, caso de perder la partida, vuestro mundo resultaría destruido. Yo tomé esa frase al pie de la letra, en el sentido de una destrucción física, pero no es así y tú lo sabes, ¿verdad? Es vuestro actual sistema de vida el que debe cambiar y ello os aterra.
Ella bajó la cabeza.
—Las cosas han sido siempre así —murmuró.
—Alguna vez no fueron así y ello no implica que si la actual situación está basada en una injusticia, haya de prolongarse eternamente. Pero todo esto saldrá a relucir en el juicio.
—¿Esperas ganarlo?
Kimball sonrió.

—Me he aprendido de memoria el código de la liga —dijo.

—Ese código no puede nada contra nuestras leyes, porque se trata de un asunto interno.

—Se ve que tú no lo has leído, Carolina.

—Ciertamente, no; pero conozco lo suficiente para saber que es un código que está redactado para regular las relaciones entre sistemas planetarios y que uno de sus artículos, el más interesante, prohíbe la injerencia en los asuntos internos de un planeta, a menos que de ello se deriven perjuicios para la liga. Y yo no veo que las leyes que rigen nuestro sistema sean perjudiciales para la liga, Miguel.

—Carolina, insisto en que no has leído bien el código. No olvides que yo soy abogado en la Tierra, y aunque no ejercía, puesto que me gustaba más mi actividad de investigador privado, tuve que hacer varios años de estudios legales para conseguir ese título.

Ella le miró con asombro.

—Tú nunca me dijiste nada al respecto —declaró.

—No resultaba interesante, y en cuanto a secretitos, me parece que no eres tú la que menos tiene que reprocharse.

Carolina enrojeció.

—Yo sólo defendía a mi planeta —se excusó.

—Lo cual te honra, pero aún te sentirás mucho más honrada si admites la injusticia de esa ley —declaró él, contundentemente—. Y yo pienso demostrarlo de manera concluyente dentro de unas pocas horas.

Trató de ahogar un bostezo.

—Tengo un poco de sueño —dijo—. ¿Querrás despertarme a tiempo?

—Duerme tranquilo —sonrió Carolina.

Kimball se arrellenó en el sillón, que era muy cómodo. Instantes después, dormía profundamente.

* * *

Louie Issaro entró en la habitación y se detuvo a dos pasos de la mesa, tras la cual se hallaba el hombre alto y delgado y de cejas picudas, que le miraba fijamente.

A Issaro aquel hombre le daba miedo. Le había visto una vez y sentía escalofríos sólo de mirarle a la cara.

Tragó saliva.

—Lo siento —se excusó.

—No quiero disculpad, quiero hechos —dijo Jawrjyd—. Y no me gusta que mis hombres fallen.

—Es un tipo muy duro. Mató a mi compañero... y ya vio usted lo que pasó en la partida de ajedrez.

—Lo sé, pero quiero acabar con él. Definitivamente, ¿está claro?

—Sí, señor.

La mano de Jawrjyd levantó la tapa de una caja semejante a un maletín de aseo que había sobre la mesa. Issaro contempló codiciosamente las pilas de monedas esmeraldinas que atestaban el recipiente.

—Para usted, cuando acabe con Kimball —dijo el zlariano.

—Cuéntelo como hombre muerto —prometió Issaro—. Pero...

Jawrjyd enarcó las cejas.

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó.

—Oh, nada de particular. Una simple consulta tan sólo, señor.

—Bueno, hable de una vez. ¿De qué se trata?

—Esto... bien, yo no soy de aquí...

—¿No le gusta Zlar, Louie?

Issaro hizo un gesto ambiguo.

—Es un mundo muy bonito, sí, señor —admitió.

—Con mujeres muy hermosas, de carácter dulce y complaciente —sonrió Jawrjyd.

—Eso es cierto, señor, pero...

—Vamos, que usted quiere volver a su planeta.

—Si no le es molestia, me gustaría, sí, señor.

—Pero después de que haya cumplido mis órdenes.

—Oh, eso puede darlo por hecho. ¿Cuándo?

—En el momento del juicio, Louie.

—Será preciso buscar un sitio adecuado.

—Lo tengo ya —contestó Jawrjyd—. No se preocupe; yo

mismo le llevaré al lugar desde donde ha de realizar la... ejecución.

—En tal caso, no es preciso preocuparse más del asunto, señor. Tengo el arma adecuada para el negocio. Mi difunto jefe era muy previsor.

—Lo celebro infinito, Louie. Ahora, por favor, déjeme solo y aguarde en la antesala. Ya no se moverá de aquí hasta el momento en que vaya a llevar a cabo la operación.

—Sí, señor, como usted ordene.

Antes de salir, Issaro arrojó una codiciosa mirada al maletín repleto de discos de esmeralda. Aquel maletín era la garantía de una vida ociosa y regalada en la Tierra, se dijo.

Jawrjyd contempló la nuca del terrestre mientras salía. Sería el instrumento de sus turbios designios, y una vez hubiera conseguido su propósito, se desharía de aquel sujeto. En realidad, pensó siniestramente, Louie era un instrumento para ser usado una sola vez y lanzado luego al vertedero.

De pronto, sonó un zumbido. Jawrjyd tocó una tecla y la pantalla de su visófono se iluminó en el acto.

—Señor —dijo un hombre con expresión de temor—, ella ha escapado.

—¿Qué? —rugió Jawrjyd.

—Sí, señor.

—Pero, ¿cómo ha sido eso posible?

—El terrestre la llamó y ella le dijo que no quería verle, pero, a pesar de todo, él vino a buscarla.

—Y se la llevó consigo.

—Sí, señor. Nos golpeó a los tres.

—Torpes, estúpidos —masculló el zlariano—. Está bien, ya arreglaré yo ese asunto, imbécil.

La cara del esbirro desapareció de la pantalla. Jawrjyd reflexionó unos momentos y luego acabó por encogerse de hombros.

—Después de que Kimball haya desaparecido, ella no constituirá obstáculo en modo alguno —concluyó así sus pensamientos.

CAPÍTULO XII

Las gradas del anfiteatro empezaban a llenarse. Faltaban unos treinta minutos para el comienzo del juicio.

El cónsul general presidiría en el centro del escenario. Los demandados, con el presidente Gralrbor a la cabeza, estarían a su derecha, izquierda del público.

Kimball ocuparía un puesto a la izquierda del cónsul. Las cámaras de televisión garantizaban que todo el mundo podría presenciar el juicio.

Los benquistianos acudían en masa, portadores de pancartas en las que expresaban sus demandas. Kimball sonreía cada vez que leía alguna de aquellas pancartas, de las cuales había sido él directo inspirador.

El presidente y su Gobierno llegaron y ocuparon los puestos señalados. El anfiteatro estaba en las afueras de la ciudad y cerca del mismo se veían un par de edificios en construcción.

Carolina estaba junto a Kimball.

—Creo que es mejor que esté a tu lado —dijo—. Quizá pueda aconsejarte en algunas cuestiones de procedimiento.

—¿Luchando contra tu propio planeta? —sonrió él.

—Voy a ser imparcial —prometió la muchacha.

El cónsul llegó cuando faltaba un minuto para el juicio. Un profundo silencio se hizo a continuación.

—Comienza el juicio —dijo el cónsul—. Demandado, el planeta Zlar, representado por su presidente y Gobierno. Demandante, el planeta Benq'ist. ¿Quién lo representa?

—Yo, señor —dijo Kimball—. Con la debida autorización del presidente Vai'dor y su Gobierno.

Vai'dor y Yarh'ena estaban en primera fila. El cónsul de la liga hizo un gesto de aquiescencia.

—El demandante puede formular sus demandas —permitió.

—Gracias, señor —contestó Kimball—. Señor, en nombre del planeta a quien represento, solicito la derogación de la ley de residencia dictada contra los hombres de piel oscura y ojos

claros y a quienes se ha confinado desde tiempo inmemorial en un planeta en donde la vida es punto menos que imposible.

Gralrbor se puso en pie.

—Se rechaza la demanda —declaró—. La ley considera que es una decisión justa. Fue adoptada por un Gobierno constituido legalmente y aprobada por todos.

El cónsul miró a Kimball.

—¿Qué alega el demandante como prueba de su reclamación? —preguntó.

Kimball reflexionó un momento.

A su lado, Carolina recorría con la vista la fila de asientos que ocupaban Gralrbor y su Gobierno. Una sombra de preocupación apareció de pronto en su bello rostro.

—Falta Jawrjyd. ¿Dónde puede estar? —musitó.

* * *

—Un arma muy eficaz —sonrió Jawrjyd.

—Lo es —contestó Issaro—. Vea, este tubo que tiene en el extremo del cañón ahoga los sonidos. Ahora, los silenciadores están tan perfeccionados, que el estampido del disparo no se oye siquiera a tres pasos de distancia. Este otro tubo es la mira telescópica, con objeto de facilitar la puntería... Puede disparar diez tiros en cinco segundos y...

Cuando Issaro hubo terminado las explicaciones, Jawrjyd dijo:

—¿Me permite un momento? Curiosidad, sólo curiosidad de ver a través de la mira telescópica.

—No faltaría más —accedió el terrestre.

Jawrjyd tomó el rifle en sus manos y se situó a un lado de la ventana, que dominaba el escenario del juicio. A ciento cincuenta metros de distancia, la figura de Kimball apareció nítidamente en el ocular del aparato de puntería.

—Un artefacto realmente magnífico —convino, con amplia sonrisa—. Ustedes los terrestres, están muy adelantados.

—Hombre —dijo Issaro, fingiendo modestia.

—Y dice que este fusil no hace ruido.

—En absoluto, señor.

—Será cosa de probarlo —dijo Jawrjyd.

Y volvió el arma contra el terrestre.

—Eh... —empezó a decir el sorprendido Issaro, pero tres balas, disparadas en dos segundos, cortaron en seco sus gritos.

Jawrjyd contempló con desagrado el cuerpo ensangrentado que yacía a sus pies.

—Un arma magnífica, aunque un poco sucia —calificó.

Y luego se volvió de nuevo hacia la ventana, en espera de que llegase el momento adecuado para eliminar al defensor de Benq'ist.

* * *

—Cuidado —susurró Carolina.

—¿Qué pasa? —preguntó Kimball, en el mismo tono de voz.

—Falta Jawrjyd en el banco del Gobierno. No me fío de lo que pueda hacer —dijo la muchacha.

—Lo tendré en cuenta —repuso Kimball, acariciando con la mano los cuatro proyectores de energía que pendían de su cinturón.

El cónsul carraspeó.

—¡Ejem! Estamos esperando el alegato del representante de Benq'ist —dijo.

—Perdón —contestó Kimball—. Estaba informándome de unas cuestiones de procedimiento. Sí, en efecto —continuó—, voy a demostrar que la ley que relegó a cierto grupo de habitantes de este planeta, condenándolos a vivir en Benq'ist, es injusta.

—Fue adoptada por el Gobierno en pleno —insistió Gralrbor.

—En ese Gobierno, ¿había representantes de la otra raza? —preguntó Kimball.

Gralrbor se desconcertó.

—¿Cómo saberlo al cabo de tantos años? —contestó.

—¿No hay archivos en Zlar? —dijo Kimball, irónicamente —. Los nombres de los componentes de aquel Gobierno deben constar en alguna parte, a pesar del tiempo transcurrido. Por

esa relación se podrá saber si en ese Gobierno hubo o no representantes de la raza injustamente expulsada de este planeta. Si no los hubo, la ley es injusta y debe ser derogada.

—Como sea, fue tomada por hombres que vivían en Zlar y no se refería para nada a seres de otro Sistema —alegó Gralrbor.

—Es cierto —admitió Kimball—. En teoría, la ley es irreprochable, pero desviándonos un poco del asunto, haré presente otra demanda que deberá ser ejecutada posteriormente. Me refiero a los suministros de suburanio que Benq'ist facilita a Zlar a cambio de unos pocos artículos manufacturados. Ello ocurre casi desde el principio del destierro y la diferencia de precios es abrumadoramente favorable a Zlar, lo que significa que vienen a obtener el suburanio con que mueven sus naves para comerciar con todos los planetas de la liga de Vega prácticamente gratis. Basados en unas leyes injustas, los zlarianos han estado explotando a mis defendidos durante siglos, y ahora, Benq'ist presentará una reclamación económica por el importe global de la diferencia entre el precio real y el percibido.

Gralrbor se quedó con la boca abierta. El cónsul escuchaba a Kimball con infinita atención.

Kimball tenía delante de sí unos documentos.

—El suburanio se descubrió precisamente en Benq'ist por un hombre de ojos claros. Ello facilitó notablemente los viajes por el espacio —continuó el defensor—. Es un producto de altísimo valor energético y nula radiación, lo que lo hace absolutamente inofensivo para los seres humanos. El suburanio se transforma en Benq'ist y es exportado a Zlar desde hace, aproximadamente, seiscientos años.

»Durante quinientos cincuenta años, Zlar ha importado suburanio de Benq'ist, en grandes cantidades, reexportándolo luego a los planetas de la liga, que desarrollaron así su astronáutica. El beneficio obtenido por Zlar es de un noventa y cinco por ciento y puesto que se conocen las cantidades exportadas durante esos cinco siglos y medio, cifras existentes en los archivos, Benq'ist presenta una reclamación por el total

de esas sumas, deduciendo, eso sí, un diez por ciento legal de comisión para Zlar. Los cincuenta años anteriores fueron de exportación únicamente a Zlar, por lo que las cifras correspondientes no entran en la reclamación. Por tanto, la demanda, en cifras, asciende a vez y media el valor total de cuanto hay sobre Zlar en objetos, artículos diversos, vehículos de todas clases, fábricas, astronaves y, en suma, cuanto pueda ser objeto de valoración económica. Lo cual significa que Zlar debe a Benq'ist... el valor de Zlar en peso.

Hubo un momento de consternado silencio. Gralrbor tenía la boca abierta de par en par.

El cónsul parecía muy divertido. Kimball continuó:

—Benq'ist podría comprar a Zlar la derogación de la ley de destierro, a cambio de la deuda, pero no haremos tal, porque esa ley es injusta, adoptada por zlarianos de piel clara, y en contra de unos congéneres que sólo tenían la desventaja de pertenecer a otra raza distinta. Aparentemente, es una ley interna y la liga no puede hacer nada, porque afecta solamente a un sistema, sin perjuicios para los demás. Cuando se descubrió el suburanio, fuente barata e inagotable de energía, se descubrió también la extraña resistencia racial de los hoy benquistianos al durísimo clima de aquel planeta. La consecuencia del descubrimiento fue la ley del destierro, que se ejecutó por la fuerza, y durante seiscientos años, unos seres infelices han vivido una mísera existencia, sólo para que otros seres, pretendidamente superiores, pudieran vivir sin apenas esfuerzo. Con gran generosidad, admitieron las declaraciones de guerra. Ganaron las partidas de ajedrez tetradimensional porque los desterrados no poseían las mismas condiciones físicas y mentales que los zlarianos. Ello les permitía continuar con su apariencia de respeto y obediencia a una ley absurda y totalmente injusta.

Kimball suspendió un momento su apasionada perorata para levantar en alto un libro.

—Este es el código de la liga —señaló—. Lo dice claramente: «Ninguna ley será aprobada, en ningún planeta, sin la representación proporcional, dé todas las razas que lo

habiten, cualquiera que sea su figura física». Los autores de aquella ley violaron deliberadamente ese precepto. Hay otro artículo igualmente conculcado: «Ningún ser inteligente, cualquiera que sea su figura física, podrá ser desterrado, individualmente o en grupo, de su planeta natal». Este precepto es así de tajante y no presenta excepciones de ninguna clase. Quienes hicieron la ley, indudablemente, conocían el código y se aprovecharon de la ignorancia de los hoy benquistianos para forzarlos a la extracción del suburanio. Por eso no presentamos reclamación económica, sino que pedimos derogación de la ley. Eso es todo.

Hubo un momento de consternado silencio.

Gralrbor y los demás parecían abrumados. Carolina miraba afanosamente a derecha e izquierda, preguntándose dónde podría estar Jawrjyd.

El cónsul hizo un movimiento con la cabeza.

—La parte demandada, ¿tiene algo que alegar? —preguntó.

Gralrbor, deprimido, bajó la cabeza.

—En tal caso —dijo el cónsul—, y de acuerdo con el código hoy tantas veces invocado, y en virtud de las atribuciones que me han sido conferidas por la liga de sistemas de Vega, voy a dictar sentencia. Mi sentencia es...

Los ojos de Carolina dejaron de recorrer el anfiteatro. De repente, en una casa situada tras el cónsul, a cuatro pisos de distancia, divisó algo que le pareció sospechoso.

—¡Cuidado, Miguel! —gritó.

Al mismo tiempo, tiró de él y lo hizo vacilar. Una fracción de segundo después, llegó un objeto lanzado a enorme velocidad y rebotó con agudísimo chillido.

Kimball se tiró al suelo. Demasiado conocía el origen de aquel sonido.

—En aquella casa, Miguel —gritó ella.

Kimball vio una figurita moviéndose en la ventana.

Dos balas más llegaron, en medio del desconcierto y la confusión de las gentes. Alguien chilló al resultar inesperadamente herido.

Las manos de Kimball se movieron veloces. Juntó los

cuatro proyectores en un haz y se levantó de un salto.

Una colosal descarga de energía pura partió simultáneamente de las cuatro armas. Se oyó un terrible estruendo.

La casa voló en mil pedazos, con atronador estrépito. En medio de los fragmentos, se vio un cuerpo humano lanzado a gran altura. Jawrjyd describió una larga parábola y acabó cayendo al suelo a doscientos metros de distancia.

Cuando se hubo restablecido el orden, el cónsul se puso en pie:

—La ley demandada queda derogada —anunció con solemne acento—. Los habitantes de Benq'ist podrán residir libremente en Zlar, sin que nadie pueda impedirles establecerse donde les plazca, siempre que respeten y obedezcan las leyes aprobadas por la liga. El Gobierno queda disuelto y se elegirán nuevos representantes de ambas razas. En cuanto a la reclamación económica, el hacerla o no efectiva compete exclusivamente a los demandantes. Esta es mi sentencia y así se ejecutará —concluyó el cónsul.

Un alarido general de júbilo saludó el fin del juicio. Naturalmente, eran los benquistianos los que gritaban de alegría.

* * *

—Te lo debemos todo —dijo Vai'dor.

Kimball hizo un gesto con la mano.

—Realmente, ha sido una magnífica aventura —contestó—. Pero me alegro de haber contribuido a vuestra felicidad.

—¿Contribuir? —rio Yarh'ena—. Tú lo has hecho todo. A nosotros no se nos ocurría nada para solucionar nuestro eterno problema.

—Estáis un poco faltos de cultura, esta es la verdad —dijo Kimball—. Y a los zlarianos os pasa también algo parecido. —Se volvió hacia Carolina, que estaba presente en la reunión.

—Es posible que tengas razón —admitió la muchacha—. A ninguno se nos ocurrió jamás pelear con el código en la mano.

—Las leyes injustamente dictadas siempre tienen en contra

una ley justamente dictada —declaró Kimball, con acento sentencioso—. Los zlarianos del Gobierno especulaban, simplemente, con la ignorancia de los benquistianos, y en cuanto a la masa, tampoco no demasiado lúcida, era manipulada con el espectro de la diferencia de razas y la pretendida superioridad de quienes vivían en Zlar sobre los otros.

—Eso se ha acabado ya —dijo Carolina.

—No lo creas, no es tan fácil borrar los prejuicios de cientos de años. Es cuestión de paciencia, comprensión y tolerancia; y los hasta ahora oprimidos tendrán que perdonar a los opresores y olvidar siglos de injusticia; y los hasta hoy opresores, deberán pensar que un ser humano lo es siempre, independientemente de su piel o su configuración física.

Hubo un momento de silencio. Luego, Vai'dor dijo:

—Trataremos de seguir tus consejos, Miguel.

—Por cierto —exclamó Kimball—, todavía no he comprendido del todo los motivos de Jawrjyd. ¿Qué puedes decirme tú, Carolina?

—Aquí, en la liga, también hay intercambios comerciales, lo que significa intereses económicos —repuso la muchacha—. Jawrjyd era el presidente del organismo que controlaba la importación y reexportación de suburanio. Si Benq'ist ganaba el pleito, él perdería muy sustanciosas ventajas.

Kimball suspiró.

—En todas partes pasa igual: el maldito dinero —dijo.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Yarh'ena.

El joven sonrió.

—Yo vivo en otro planeta. He de volver allí..., aunque, a decir verdad, no tengo mucha prisa —contestó.

Yarh'ena miró a Carolina maliciosamente.

—Creo que tendrás compañía a tu regreso —adivinó.

Carolina se sonrojó.

—Todavía no me ha pedido que me vaya con él —se quejó.

Kimball la agarró por un brazo.

—Estos asuntos se discuten mejor a solas, sin testigos —manifestó sonriente, en lo cual Carolina se mostró íntimamente

de acuerdo.

F I N